

**CONVIVENCIA ESCOLAR POSITIVA:
ESTRATEGIAS PARA CONSTRUIR AULAS
INCLUSIVAS Y EMPÁTICAS DESDE LA
NIÑEZ**



**AUTOR: Mgs. Carlos Alberto Valdivieso
Mora**

**EDITORIAL MMS PUBLICACIÓN SEMESTRAL DEL GRUPO EUP JUAN
MONTALVO.**

DIRECTOR: *Ramiro Enrique Guamán Chávez*

EDITOR: *Ing. Yadira Natalia Vergara Cuadros*

COORDINADORA EDITORIAL: *Peñañiel Villarreal Ruth Esther*

COMITÉ EDITORIAL:

- *Máximo Damián Valdera.*
- *Iván Fernández-Suárez.*
- *Mejía Calderón Aníbal Gilberto.*
- *Cedeño Alcívar Lenin Landívar.*
- *Guerra Herrera Kleber Santos.*
- *Maldonado Cañizares Paola Robertina.*
- *Sandoval Sandoval Edwin Marcelo*

ASISTENTES: *Edwin Adrián Delgado Anchundia*

ISSN: 978-9942-7387-5-2

Número 1: agosto 2025

Volumen 1: agosto 2025

Editorial Digital: © EUP Juan Montalvo

Primera Edición: 2025

Teléfonos: (5932) 0994735813

Correo electrónico: mmseditorial@gmail.com

Los libros y capítulos de este número son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no expresan una postura institucional. Está permitida la reproducción total o parcial de cualquier artículo con la condición de que se cite la fuente.
Cámara Ecuatoriana del Libro con registro editorial No_179843

Mgs. Carlos Alberto Valdivieso Mora
carlos.valdiviesom@educacion.gob.ec
Institución Educativa “Magdalena Davalos # 32”
<https://orcid.org/0009-0008-6435-5157>
-Ecuador - Tosagua

Mgs. Ludy del Trancito Pereira Aguirre
ludy.pereira@educacion.gob.ec
Unidad Educativa Lic. Diego Minuche Garrido
<https://orcid.org/0009-0007-6116-3937>
Ecuador - Machala

Lcdo. Javier Moisés Carrión Pazmiño
Colegio de Bachillerato Víctor Manuel Peñaherrera,
javier.carrion@educacion.gob.ec
<https://orcid.org/0009-0004-3482-6043>
Ecuador - Quinindé

Lcda. Adriana Beatriz Reyes Calderón
Unidad Educativa Luis Vargas Torres
adriana.reyes@educacion.gob.ec
<https://orcid.org/0009-0009-0472-4480>
Ecuador - La Concordia

Mgs. Dalia Jeamel Encalada Márquez
Escuela fiscal República de México del ministerio de educación
dalia.encalada@educacion.gob.ec
<https://orcid.org/0009-0004-7038-7084>
Ecuador - Guayaquil

Lic. Rosa Mercedes Verdugo Rosa
Unidad educativa Ingapirca
mercedes.verdugo@educacion.gob.ec
<https://orcid.org/0009-0001-1883-835X>
Ecuador - Ingapirca

Lic Ivon Mercedes Sigüencia Muyulema
Escuela CECIB Culebrillas
ivon.sigüencia@educacion.gob.ec
<https://orcid.org/0009-0002-6255-3121>
Ecuador - Cañar

Mgs. Carlos Ramiro León Calle
Unidad Educativa Fiscomisional Semipresencial PCEI
Carlitosleon@yahoo.es
<https://orcid.org/0009-0006-6032-1932>
Ecuador - Cañar

Mgs. Lilia Isabel Sigüencia Muyulema
UE HUMBERTO VICUÑA NOVILLI
liliaisabel7@hotmail.com
<https://orcid.org/0009-0007-9020-2800>
Ecuador – Molobog Grande

Mgs. María Angélica Verdugo Rosas
Unidad Educativa Tambo.
angelica.verdugo@educacion.gob.ec
<https://orcid.org/0009-0005-3718-5840>
Ecuador - El tambo.

INDICE DE CONTENIDO

Unidad 1: La convivencia escolar positiva como derecho y responsabilidad

- 1.1. La escuela como espacio de formación para la ciudadanía
- 1.2. La convivencia como aprendizaje
- 1.3. Normas como acuerdos que promueven el bien común
- 1.4. Autoridad pedagógica y clima escolar

Unidad 2: Regulación emocional y resolución pacífica de conflictos

- 2.1. Emociones básicas y su expresión en la escuela
- 2.2. Estrategias para la autorregulación emocional
- 2.3. Escucha activa y comunicación asertiva
- 2.4. Procesos de resolución pacífica de conflictos

Unidad 3: El juego como herramienta para convivir

- 3.1. Juego libre y juego con reglas
- 3.2. Juego cooperativo y habilidades sociales
- 3.3. Juego simbólico y aprendizaje emocional
- 3.4. Juego como prevención de violencia

Unidad 4: Participación protagónica de niñas, niños y adolescentes

- 4.1. Democracia escolar y derechos de participación
- 4.2. Espacios de expresión y representación estudiantil
- 4.3. Desarrollo del pensamiento crítico
- 4.4. Responsabilidad y corresponsabilidad

Unidad 5: Educación inclusiva y relaciones respetuosas

- 5.1. Diversidad e inclusión en la escuela
- 5.2. Prevención de prácticas discriminatorias
- 5.3. Accesibilidad y ajustes razonables
- 5.4. Relación familia-escuela y respeto por la diversidad

Unidad 6: La comunidad educativa como red de cuidado

- 6.1. Relación entre adultos como modelo de convivencia

- 6.2. Participación activa de las familias
- 6.3. Redes comunitarias de apoyo
- 6.4. Cultura de paz y solidaridad

Unidad 7: Educación emocional en la convivencia escolar

- 7.1. Reconocimiento y expresión de emociones
- 7.2. Empatía y habilidades para la vida
- 7.3. Manejo de situaciones desafiantes
- 7.4. Bienestar emocional y salud mental

Unidad 8: Estrategias pedagógicas para una convivencia respetuosa

- 8.1. Ambientes estructurados y seguros
- 8.2. Rutinas, límites y contención afectiva
- 8.3. Prácticas restaurativas en el aula
- 8.4. Evaluación formativa y retroalimentación positiva

Unidad 9: Estrategias prácticas en la convivencia escolar positiva

- 9.1. Rutinas afectivas diarias
- 9.2. Espacios de diálogo y resolución de conflictos
- 9.3. Trabajo cooperativo y juegos educativos
- 9.4. Clima institucional coherente y valores compartidos

Unidad 10: Convivencia digital y ciudadanía responsable

- 10.1. Uso ético y responsable de las tecnologías
- 10.2. Prevención del ciberacoso
- 10.3. Comunicación digital respetuosa
- 10.4. Alfabetización digital y crítica

PRÓLOGO

La convivencia escolar positiva es mucho más que la ausencia de conflictos; es la base sobre la cual se construyen relaciones sanas, respetuosas y enriquecedoras entre todos los actores del proceso educativo. En un mundo cada vez más diverso y complejo, las aulas deben transformarse en espacios donde la inclusión, la empatía y la colaboración sean principios esenciales, no solo objetivos deseables. Por esta razón, este libro surge como una propuesta pedagógica comprometida con la formación integral de la niñez, con el propósito de ofrecer estrategias prácticas, reflexivas y afectivas para construir comunidades escolares más humanas y equitativas.

A lo largo de estas páginas, se abordan conceptos clave relacionados con la educación emocional, la resolución pacífica de conflictos, el acompañamiento docente y el rol de las familias. Asimismo, se plantean actividades que integran el juego, el arte, la lectura y el diálogo como herramientas para promover una cultura escolar basada en el respeto y la participación activa de todos los estudiantes. Además, se hace énfasis en la importancia de reconocer las emociones como parte fundamental del aprendizaje, ya que solo desde el bienestar socioafectivo se puede acceder al conocimiento de forma significativa y duradera.

El lector encontrará aquí no solo teoría, sino también experiencias reales y recursos que pueden ser adaptados a diversos contextos educativos. Esperamos que este material inspire a docentes, directivos, familias y formadores a mirar la escuela como un espacio de transformación social, donde cada niño y niña se sienta reconocido, escuchado y valorado. Porque educar para la convivencia no es una tarea adicional: es, en esencia, educar para la vida.

INTRODUCCIÓN

En el contexto educativo contemporáneo, la convivencia escolar ha adquirido una relevancia prioritaria al ser reconocida como un componente fundamental del desarrollo integral de los niños y niñas. Más allá del aprendizaje académico, la escuela cumple una función social insustituible: formar ciudadanos capaces de convivir en armonía, respetar las diferencias y construir relaciones basadas en la empatía. Por ello, es necesario repensar el rol de la escuela no solo como transmisora de conocimientos, sino como un espacio afectivo, seguro e inclusivo. En este sentido, promover una convivencia escolar positiva implica transformar la cultura institucional, el clima del aula y las interacciones cotidianas. Además, demanda un compromiso ético y profesional de toda la comunidad educativa.

La niñez, como etapa clave en la construcción de la identidad y el desarrollo emocional, requiere entornos educativos que favorezcan la expresión emocional, el respeto mutuo y la escucha activa. Por tanto, el diseño de estrategias para una convivencia positiva no debe centrarse únicamente en la prevención de conflictos, sino también en la promoción de valores como la solidaridad, la justicia y la cooperación. En consecuencia, las aulas inclusivas deben garantizar que todos los estudiantes, sin importar sus características, participen activamente en su proceso de aprendizaje. Esto supone un cambio profundo en las prácticas docentes, en las metodologías y en la mirada hacia la diversidad. La inclusión y la empatía no son elementos decorativos, sino pilares para una convivencia auténticamente transformadora.

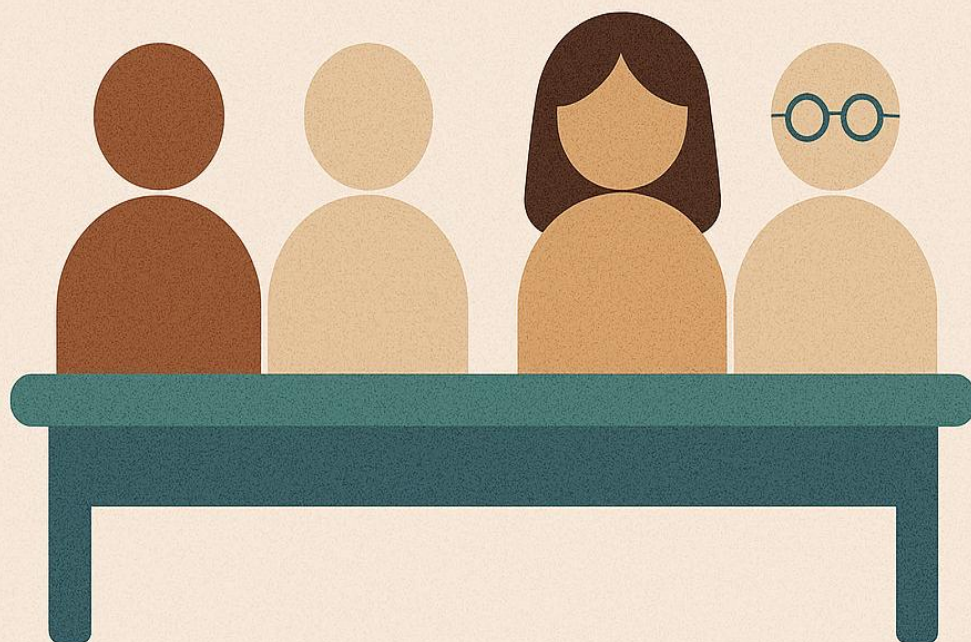
Por otro lado, la implementación de estrategias efectivas requiere de herramientas pedagógicas concretas que integren lo emocional con lo cognitivo. Así, propuestas como el trabajo en equipo, los círculos de diálogo, el juego cooperativo, las actividades artísticas y los cuentos con propósito se convierten en medios potentes para fortalecer los lazos entre los estudiantes. Además, estas metodologías permiten abordar temas sensibles de forma lúdica, cercana y comprensible para los niños. El aula se convierte, entonces, en un laboratorio de vida, donde se aprende no solo a sumar y leer, sino también a compartir, resolver conflictos y respetar las diferencias. Por ende, la intervención docente debe enfocarse en acompañar estos procesos con sensibilidad y coherencia.

La convivencia positiva no se logra de manera espontánea; requiere planificación, formación y evaluación constante. Es por ello que este trabajo propone un conjunto de estrategias prácticas que pueden ser adaptadas a distintas realidades escolares, considerando siempre el contexto sociocultural de los estudiantes. Asimismo, se valora el papel activo de las familias como aliadas en el fortalecimiento del clima emocional de la escuela. Cuando el hogar y la institución educativa trabajan en conjunto, los efectos

positivos sobre el desarrollo socioafectivo de los niños se potencian. De igual manera, se destaca el valor del ejemplo docente como modelo de comportamiento ético y empático frente al alumnado.

En definitiva, construir aulas inclusivas y empáticas no es una tarea fácil, pero sí necesaria y urgente. En un mundo atravesado por desigualdades, violencias y desafíos constantes, la escuela tiene la oportunidad —y la responsabilidad— de ser un espacio de transformación humana. Educar desde la convivencia, la ternura y el respeto no solo mejora el ambiente escolar, sino que siembra las bases para una sociedad más justa y solidaria. Este documento, por tanto, no pretende ofrecer fórmulas mágicas, sino abrir un camino posible para quienes creen que otra forma de enseñar y convivir es posible. Porque al final, toda educación que transforma, empieza por mirar al otro con empatía.

AULAS INCLUSIVAS Y EMPÁTICAS



UNIDAD 1: Fundamentos de la convivencia escolar positiva

En primer lugar, es fundamental comprender que la convivencia escolar no se limita a la ausencia de conflictos, sino que implica la construcción activa de relaciones basadas en el respeto, la cooperación y el reconocimiento mutuo. Una convivencia positiva se desarrolla cuando los niños aprenden a dialogar, a comprender emociones propias y ajenas, y a resolver sus desacuerdos sin violencia. Por esta razón, resulta imprescindible fomentar desde edades tempranas valores como la empatía, la solidaridad y la justicia. Además, cuando los estudiantes se sienten aceptados y valorados en su diversidad, se fortalece su autoestima y motivación. De este modo, el aula se convierte en un espacio seguro donde cada niño puede desarrollarse integralmente.

Por otro lado, la inclusión educativa representa un principio indispensable para lograr una convivencia genuina y equitativa. No se trata solamente de permitir el acceso físico a la escuela, sino de garantizar que cada niño, independientemente de sus características, se sienta parte activa y reconocida de la comunidad escolar. Así, es esencial atender no solo la diversidad cultural o funcional, sino también la emocional, lingüística y familiar. Para ello, las estrategias pedagógicas deben adaptarse a las necesidades reales del grupo, promoviendo el aprendizaje cooperativo y el trabajo en equipo. Asimismo, es necesario eliminar barreras actitudinales que generen estigmas o exclusiones. En este sentido, las aulas inclusivas no se construyen solo desde la normativa, sino desde las prácticas cotidianas del aula.

Además, es preciso destacar que el desarrollo emocional y social de los niños está estrechamente ligado a la calidad del clima escolar. Un ambiente afectivo, donde predominen la escucha, el afecto y la contención, favorece tanto el bienestar como el aprendizaje. Por tanto, no basta con enseñar contenidos académicos; es igualmente importante educar en habilidades emocionales como la autorregulación, la resiliencia y la expresión emocional adecuada. Estas habilidades permiten a los estudiantes relacionarse de manera sana, prevenir conflictos y asumir responsabilidades con madurez. Igualmente, el rol del docente es clave en la construcción de este ambiente. Cuando el adulto modela comportamientos positivos y demuestra una actitud empática, los niños replican esas actitudes con sus pares.

Asimismo, la participación activa de los estudiantes en la construcción de normas y acuerdos de convivencia fortalece su sentido de pertenencia y corresponsabilidad. No se trata de imponer reglas, sino de construirlas colectivamente a partir del diálogo y el consenso. Cuando los niños sienten que sus opiniones son tomadas en cuenta, se involucran más con el cuidado del entorno y el respeto por los demás. Además, estas experiencias favorecen el desarrollo de la autonomía moral y la conciencia crítica. Es

importante también generar espacios de reflexión grupal donde se analicen los conflictos desde una perspectiva constructiva. En lugar de castigar, se busca comprender, reparar y aprender. A través de esta práctica, los errores se transforman en oportunidades para crecer.

A su vez, promover una convivencia escolar positiva no es solo responsabilidad del docente, sino de toda la comunidad educativa. La familia, la dirección y el personal de apoyo también cumplen un rol fundamental en este proceso. Por ello, es esencial generar una red de colaboración entre escuela y hogar, basada en la confianza, la comunicación y el respeto mutuo. Cuando hay coherencia entre los valores promovidos en casa y en la escuela, los niños encuentran mayor estabilidad emocional. Además, la participación familiar fortalece los lazos afectivos y permite detectar a tiempo situaciones que puedan afectar la convivencia. A largo plazo, estas acciones contribuyen a la formación de ciudadanos más solidarios, conscientes y respetuosos de la diversidad (Ávalos & Berger, 2021).

Finalmente, resulta imprescindible fomentar espacios de participación activa donde las familias puedan involucrarse en proyectos escolares, talleres formativos y actividades comunitarias. De este modo, se fortalece el sentido de pertenencia y corresponsabilidad en el proceso educativo. Además, cuando los padres se sienten escuchados y valorados por la institución, se genera un clima de confianza que impacta positivamente en la convivencia escolar. Por otro lado, el trabajo conjunto entre docentes y familias permite abordar con mayor eficacia conflictos o dificultades emocionales que atraviesan los estudiantes.

En primer lugar, es fundamental comprender que la convivencia escolar no se limita a la ausencia de conflictos, sino que implica la construcción activa de relaciones basadas en el respeto,



¿Qué es la convivencia escolar positiva?

Es el conjunto de relaciones armónicas, respetuosas, inclusivas y colaborativas que se construyen entre todos los miembros de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, personal institucional y familias. No se trata únicamente de la ausencia de conflictos, sino de la creación activa de un ambiente donde prevalezca el respeto mutuo, la empatía, la comunicación efectiva y la resolución pacífica de desacuerdos. En este contexto, cada interacción cotidiana se convierte en una oportunidad para fortalecer los lazos sociales y promover valores que favorezcan la convivencia democrática.

En este tipo de convivencia, cada niño y niña se siente valorado, escuchado y seguro, lo que favorece tanto su bienestar emocional como su desarrollo académico y social. Además, fomenta la participación activa, la equidad y la responsabilidad compartida en la vida escolar. La convivencia positiva permite que el aula y la escuela en general se conviertan en espacios donde los valores democráticos se viven día a día y donde se cultiva el sentido de comunidad y pertenencia. Asimismo, se fortalecen las habilidades para el diálogo, el respeto por las diferencias y la resolución pacífica de conflictos.

Por ello, promover una convivencia escolar positiva implica implementar estrategias educativas que enseñen habilidades socioemocionales, generen normas claras y consensuadas, y fortalezcan vínculos afectivos entre todos los actores escolares. Su objetivo final es formar personas capaces de convivir en paz, resolver conflictos de forma constructiva y contribuir al bienestar común dentro y fuera de la escuela. En consecuencia, es fundamental que esta labor sea constante, intencionada y respaldada por una cultura institucional comprometida con la inclusión y el respeto.



Tabla 1: Convivencia Escolar Positiva

Dimensión	Descripción	Beneficios	Acciones sugeridas
Relacional	Construcción de vínculos armónicos, respetuosos e inclusivos entre todos los miembros de la comunidad educativa.	Mejora del clima escolar, fortalecimiento del sentido de pertenencia y reducción de conflictos.	Fomentar el diálogo abierto, implementar círculos de convivencia y promover el respeto mutuo.
Emocional	Generación de un ambiente en el que los estudiantes se sientan valorados, seguros y escuchados.	Aumento del bienestar emocional, motivación escolar y autoestima.	Crear espacios de expresión emocional, aplicar dinámicas de escucha activa y validar sentimientos.
Normativa	Establecimiento de acuerdos de convivencia claros, consensuados y	Claridad en la convivencia, prevención de conflictos y	Elaborar reglamentos participativos, promover asambleas escolares y revisar

	compartidos por todos los actores escolares.	fortalecimiento del sentido de justicia.	normas periódicamente.
Formativa	Desarrollo de habilidades socioemocionales para la vida en comunidad, la resolución pacífica de conflictos y la participación democrática.	Formación integral del estudiante y mejora en la convivencia a largo plazo.	Incluir programas de educación emocional, realizar talleres de mediación escolar y juegos cooperativos.

Bases Neurobiológicas de la Convivencia Escolar Positiva:

1. El cerebro social y la importancia del apego

Desde las neurociencias se reconoce que el ser humano es esencialmente social, y su cerebro está diseñado para relacionarse con los demás. Por ello, la convivencia escolar positiva se apoya en la necesidad biológica de establecer vínculos seguros y afectivos. La amígdala y el sistema límbico, responsables de la emoción, se activan ante estímulos sociales significativos, especialmente cuando hay señales de aceptación o rechazo. Además, las experiencias afectivas positivas fortalecen la corteza prefrontal, área clave en la autorregulación emocional y el juicio moral. De esta manera, cuando el niño se siente seguro y valorado, su sistema nervioso responde con apertura y confianza. Por el contrario, ambientes de amenaza o rechazo activan respuestas de defensa que dificultan el aprendizaje (Azqueta et al., 2023)



El cerebro social y la importancia del apego

Cerebro humano: estructura social

- |
- | —> Necesidad biológica de vinculación afectiva
- | — Seguridad emocional como base del aprendizaje
- |

- └─► Estructuras cerebrales implicadas:
 - └─ Amígdala (respuesta emocional)
 - └─ Sistema límbico (procesamiento de emociones)
 - └─ Corteza prefrontal (autorregulación y juicio moral)
- └─► Respuestas ante el entorno social:
 - └─ Estímulos positivos → Confianza, apertura
 - └─ Estímulos negativos → Defensa, bloqueo emocional
- └─► Impacto en el aula:
 - └─ Apego seguro → Mejora la convivencia y el aprendizaje
 - └─ Rechazo o amenaza → Dificulta la regulación y la atención

2. Neuroplasticidad y experiencias de convivencia

Uno de los principios fundamentales de la neuroeducación es la neuroplasticidad, es decir, la capacidad del cerebro de modificarse a partir de las experiencias. En este sentido, un entorno escolar donde predominen relaciones empáticas, respeto mutuo y resolución pacífica de conflictos potencia conexiones neuronales asociadas a la cooperación y el autocontrol. A través de rutinas relacionales positivas, el cerebro aprende a reaccionar de forma más adaptativa frente a los desacuerdos.

En contraste, ambientes autoritarios o caóticos generan circuitos de defensa y desconfianza, lo que dificulta el desarrollo de habilidades socioemocionales. Por lo tanto, cada interacción escolar es una oportunidad para moldear el cerebro hacia la convivencia positiva. Asimismo, la repetición de dinámicas respetuosas consolida patrones de conducta saludables. En consecuencia, promover una cultura escolar respetuosa no solo tiene efectos emocionales inmediatos, sino también un impacto a largo plazo en la arquitectura cerebral.

En este sentido, resulta crucial que las instituciones educativas establezcan normas claras, consistentes y emocionalmente sostenidas que favorezcan un ambiente predecible y seguro. Cuando los estudiantes saben qué esperar y se sienten tratados con justicia, su cerebro responde con mayor apertura al aprendizaje y a la interacción social. Además, las rutinas empáticas y los límites coherentes ayudan a disminuir la ansiedad y a fortalecer el autocontrol. Del mismo modo, el reconocimiento positivo de las conductas adecuadas refuerza los circuitos neuronales vinculados a la motivación y la autorregulación. Por ende, una convivencia escolar estructurada pero afectiva contribuye directamente al bienestar integral del estudiante. Así, se construyen bases sólidas para un desarrollo emocional saludable y duradero (Bueno et al., 2023)

Y EXPERIENCIAS DE CONVIVENCIA



Neuroplasticidad y experiencias de convivencia

Neuroplasticidad:

Capacidad del cerebro para modificarse según la experiencia

- | —> Entorno escolar positivo:
 - | — Relaciones empáticas
 - | — Respeto mutuo
 - | — Resolución pacífica de conflictos
 - | — Rutinas relacionales sanas
 - | — Fortalece conexiones neuronales para:
 - Autocontrol
 - Cooperación
 - Adaptación emocional
- | —> Entorno escolar negativo:
 - | — Ambientes autoritarios
 - | — Interacciones caóticas

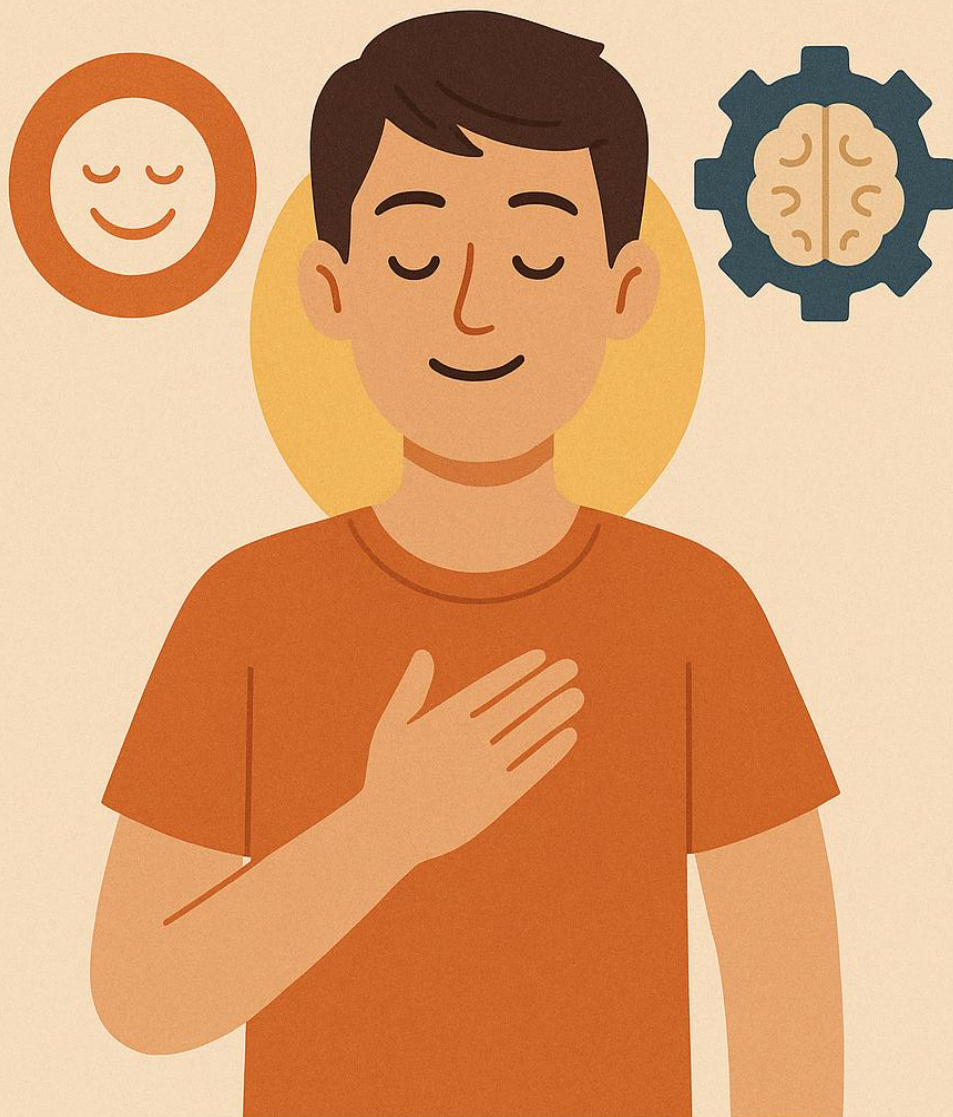
- | └─ Genera circuitos de:
 - | - Defensa emocional
 - | - Desconfianza
 - | - Reacciones impulsivas
- | └─ Impacto:
 - | └─ Cada interacción modela el cerebro
 - | └─ Las experiencias repetidas consolidan patrones
 - | └─ Influencia duradera en la arquitectura cerebral

3. Regulación emocional y función ejecutiva

La convivencia escolar positiva también está estrechamente relacionada con la capacidad de autorregulación emocional, que depende de la maduración del sistema nervioso central, en especial de la corteza prefrontal. Esta zona cerebral, que regula la atención, la toma de decisiones y el control de impulsos, se desarrolla progresivamente durante la infancia y adolescencia. En este proceso, el entorno juega un papel determinante. Por ejemplo, cuando un docente ayuda al niño a identificar y regular sus emociones frente a un conflicto, está fortaleciendo sus funciones ejecutivas.

De igual manera, es fundamental que el entorno escolar proporcione experiencias reiteradas de contención emocional, diálogo y resolución pacífica de problemas. Estas vivencias, además de fomentar un clima positivo, estimulan la plasticidad cerebral y consolidan las habilidades de autorregulación. Por ejemplo, cuando un estudiante recibe retroalimentación empática en lugar de castigo, aprende a reconocer sus errores sin sentir amenaza. Asimismo, la presencia de adultos emocionalmente disponibles actúa como un modelo para el manejo adecuado de los impulsos. (Villaverde et al., 2023)

REGULACIÓN EMOCIONAL Y FUNCÓN EJECUTIVA



Regulación emocional y función ejecutiva

Regulación emocional:

Capacidad de identificar, comprender y manejar emociones

- |
- |— Depende del desarrollo de:
 - |— Corteza prefrontal (sistema nervioso central)
 - |— Atención sostenida
 - |— Control de impulsos
 - |— Toma de decisiones
- |
- |— Desarrollo progresivo:
 - |— Infancia
 - |— Adolescencia
- |
- |— Influencia del entorno:
 - |— Acompañamiento docente
 - |— Clima escolar seguro
 - |— Modelado de reacciones emocionales
- |
- |— Impacto educativo:
 - |— Fortalece funciones ejecutivas
 - |— Mejora la resolución de conflictos
 - |— Promueve la autorregulación y el bienestar

4. Empatía, oxitocina y relaciones prosociales

La empatía, como capacidad de ponerse en el lugar del otro, tiene una base neurobiológica concreta. La liberación de **oxitocina**, conocida como la hormona del apego, se activa en relaciones cálidas y de confianza, lo que facilita comportamientos prosociales. En contextos educativos donde se estimula la colaboración y el respeto mutuo, aumentan los niveles de esta hormona, generando un clima emocional positivo. Además, los sistemas de recompensa del cerebro se activan ante conductas solidarias, reforzando el deseo de repetirlas.

Por otra parte, las neuronas espejo permiten que los estudiantes internalicen modelos de conducta empática observados en sus docentes. De ahí que la convivencia positiva no solo sea deseable desde una perspectiva ética, sino también desde la biológica. En definitiva, el cerebro responde favorablemente a la conexión emocional, lo cual fortalece la cohesión grupal y la gestión pacífica de los conflictos. Estas dinámicas, además, contribuyen a la prevención del acoso escolar y la exclusión.

EMPATÍA, OXITOCINA Y RELACIONES PROSOCIALES



Empatía, oxitocina y relaciones prosociales

Empatía:

Capacidad de comprender y compartir emociones ajenas

- |
- |— Fundamento biológico:
 - |— Oxitocina (hormona del apego)
 - |— Se activa en relaciones cálidas y seguras
 - |— Favorece conductas prosociales
 - |— Neuronas espejo
 - |— Permiten imitar y comprender emociones observadas
- |

- └─ Influencia del entorno escolar:
 - └─ Climas de respeto y colaboración elevan oxitocina
 - └─ Refuerzan vínculos afectivos
 - └─ Previenen acoso y exclusión social
- └─ Sistemas de recompensa cerebral:
 - └─ Se activan con actos solidarios
 - └─ Generan placer al ayudar
 - └─ Motivan la repetición de conductas empáticas

5. Estrés tóxico y ambientes protectores

Finalmente, es importante considerar los efectos del **estrés tóxico** en la convivencia escolar. Cuando los estudiantes están expuestos a ambientes de tensión, violencia o indiferencia emocional, su sistema nervioso se mantiene en estado de alerta constante. Esto provoca un desequilibrio hormonal que afecta el aprendizaje, la memoria y la salud mental. Sin embargo, un entorno escolar protector, basado en relaciones de cuidado y respeto, puede revertir estos efectos.

A través del acompañamiento afectivo, el juego cooperativo y el reconocimiento emocional, se fortalecen los mecanismos de resiliencia cerebral. Asimismo, la construcción de normas consensuadas y espacios de diálogo reduce la incertidumbre y promueve la sensación de control. En consecuencia, la escuela puede convertirse en un factor protector frente a la adversidad. Por lo tanto, invertir en una convivencia escolar positiva es también una forma de cuidar el cerebro infantil y garantizar un desarrollo emocional saludable. Desde esta perspectiva, educar para convivir es también educar para sanar.

ESTRÉS TÓXICO Y AMBIENTES PROTECTORES



Estrés tóxico y ambientes protectores

Estrés tóxico:

Exposición prolongada a ambientes hostiles o inseguros

|

— Consecuencias neurológicas:

- | | — Activación constante del sistema de alerta
- | | — Desequilibrio hormonal (cortisol elevado)
- | | — Afectación del aprendizaje y memoria
- | | — Riesgo de alteraciones emocionales y mentales
- |
- | — Ambientes escolares protectores:
- | — Relación afectiva y respeto cotidiano
- | — Reducción del estrés a través del juego y la contención
- | — Normas claras y consensuadas
- | — Espacios de diálogo y escucha activa
- | — Promueven resiliencia y sensación de seguridad

A través del acompañamiento afectivo, el juego cooperativo y el reconocimiento emocional, se fortalecen los mecanismos de resiliencia cerebral. Asimismo, la construcción de normas consensuadas y espacios de diálogo reduce la incertidumbre y promueve la sensación de control. En consecuencia, la escuela puede convertirse en un factor protector frente a la adversidad. Por lo tanto, invertir en una convivencia escolar positiva es también una forma de cuidar el cerebro infantil y garantizar un desarrollo emocional saludable. Desde esta perspectiva, educar para convivir es también educar para sanar.

Además, es fundamental que el personal educativo reciba formación continua sobre salud mental infantil y estrategias para identificar signos de estrés tóxico. La detección temprana de síntomas como retraimiento, irritabilidad, hiperactividad o bajo rendimiento permite activar redes de apoyo oportunas y eficaces. Docentes sensibilizados y capacitados pueden convertirse en figuras significativas que ayudan a los estudiantes a reconstruir su confianza y su seguridad emocional.

Unidad 2: Desarrollo emocional y etapas evolutivas de la convivencia escolar positiva.



1. Primera infancia: Apego emocional y rutinas afectivas

Durante la etapa inicial, la convivencia positiva se construye desde el afecto, el apego y la repetición de normas básicas. El juego y la imitación son vías esenciales para aprender a convivir.



2. Educación básica: Interiorización de normas y participación

En esta fase, los niños desarrollan mayor comprensión de las reglas sociales, comienzan a asumir responsabilidades y se benefician de espacios participativos guiados por el docente.

3. Preadolescencia: Inclusión, autonomía y habilidades sociales

La importancia del grupo de pares y la necesidad de autonomía marcan esta etapa. La convivencia debe centrarse en la mediación, la empatía y el respeto a la diversidad.

4. Adolescencia: Identidad, diálogo y ciudadanía

El acompañamiento respetuoso, el reconocimiento de la voz juvenil y el trabajo en valores como la empatía y los derechos humanos son claves para una convivencia democrática en esta etapa.

5. Acompañamiento continuo: La convivencia como eje transversal

La convivencia escolar positiva debe ser constante y transversal. Implica el compromiso de todos los actores educativos y se refuerza mediante programas emocionales y prácticas colaborativas (Caicedo et al., 2024)

Tabla 2. Etapas Evolutivas y Enfoque Emocional de la Convivencia Escolar Positiva

Etapas Evolutivas	Características de la Convivencia	Necesidades Emocionales Clave	Estrategias Educativas Sugeridas
1. Primera infancia	Se construyen vínculos afectivos seguros a través del apego, el contacto y las rutinas cotidianas.	Seguridad, afecto, contención emocional.	Juegos cooperativos, canciones, cuentos repetitivos, modelado de normas básicas de convivencia.
2. Educación básica	Se interiorizan reglas sociales, se inicia la participación activa y se consolida la responsabilidad.	Reconocimiento, guía afectiva, pertenencia.	Asambleas, círculos de diálogo, co-creación de normas, actividades de ayuda mutua.
3. Preadolescencia	Surge la búsqueda de autonomía e identidad; aumenta el valor del grupo de pares.	Inclusión, respeto, validación emocional.	Mediación escolar, proyectos colaborativos, tutorías entre pares, debates sobre diversidad.
4. Adolescencia	Se fortalece la construcción de la identidad personal y social; se exige mayor participación.	Escucha activa, autonomía, reconocimiento.	Foros estudiantiles, trabajo en derechos humanos, educación para la

			ciudadanía y el diálogo respetuoso.
5. Acompañamiento continuo	La convivencia se entiende como un proceso transversal, sostenido y colectivo.	Coherencia institucional, redes de apoyo, continuidad afectiva.	Programas de educación emocional, formación docente continua, participación familiar y comunitaria.

Inteligencia emocional: concepto y componentes de convivencia escolar positiva:

1. Concepto de inteligencia emocional y su relevancia educativa

La inteligencia emocional se refiere a la capacidad de identificar, comprender y regular las propias emociones, así como reconocer y gestionar las emociones de los demás. Esta competencia es esencial no solo en la vida personal, sino también en el entorno escolar. En el contexto educativo, cobra especial importancia porque favorece una convivencia basada en el respeto, la empatía y la colaboración. Además, permite al estudiante afrontar desafíos, resolver conflictos y establecer relaciones saludables.

En efecto, la inteligencia emocional no se limita a los aspectos afectivos, sino que impacta directamente en el aprendizaje. Cuando los estudiantes se sienten emocionalmente seguros, su disposición al aprendizaje mejora. Además, logran concentrarse con mayor facilidad, resolver problemas de manera más eficaz y establecer relaciones colaborativas en el aula. Este bienestar emocional facilita la gestión del estrés académico y potencia la resiliencia frente a los desafíos escolares. Por tanto, educar las emociones es tan esencial como desarrollar habilidades cognitivas, ya que ambas dimensiones se retroalimentan y contribuyen al éxito integral del estudiante.



2. Autoconciencia emocional: base para la convivencia

Uno de los componentes fundamentales de la inteligencia emocional es la autoconciencia, que implica reconocer las propias emociones y cómo influyen en el comportamiento. En el ámbito escolar, esta habilidad ayuda a que los estudiantes comprendan sus reacciones frente a situaciones sociales o académicas. De este modo, al identificar emociones como la frustración, el miedo o la alegría, el niño puede gestionarlas de forma más consciente. A través de actividades como diarios emocionales, semáforos del estado de ánimo o dinámicas de expresión, el docente puede fomentar esta competencia. Además, la autoconciencia facilita la toma de decisiones reflexiva, lo que reduce conductas impulsivas o agresivas.

AUTOCONCIENCIA EMOCIONAL



3. Autorregulación emocional para prevenir conflictos

Otro componente clave es la autorregulación, es decir, la capacidad de controlar reacciones emocionales intensas y adecuarlas al contexto. En la escuela, esta habilidad permite a los estudiantes enfrentar conflictos sin recurrir a la violencia verbal o física. Asimismo, promueve la paciencia, la perseverancia y la resolución constructiva de desacuerdos. Para lograrlo, es necesario que el adulto acompañe emocionalmente al estudiante, enseñándole estrategias como la respiración consciente, el diálogo interior o el uso de espacios de calma. En este sentido, no se trata de reprimir emociones, sino de aprender a gestionarlas adecuadamente. Además, cuando los docentes modelan respuestas reguladas, los estudiantes replican ese comportamiento.

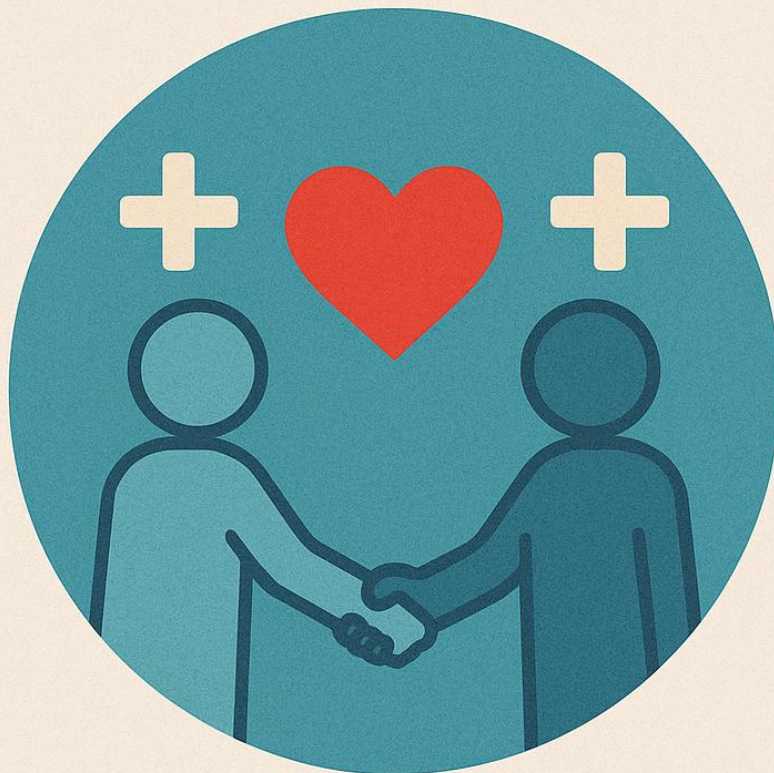
AUTORREGULACIÓN EMOCIONAL PARA PREVENIR CONFLICTOS



4. Empatía: pilar de las relaciones positivas

La empatía, entendida como la capacidad de ponerse en el lugar del otro, constituye un eje central de la convivencia escolar positiva. Esta habilidad permite comprender y valorar las emociones ajenas, lo que previene malentendidos y fomenta vínculos solidarios. En el aula, se puede cultivar la empatía a través de juegos cooperativos, lecturas emocionales o actividades de reflexión sobre situaciones cotidianas. Además, practicar la escucha activa y validar las emociones de los demás fortalece el sentido de comunidad. Por otro lado, los estudiantes empáticos tienden a rechazar conductas discriminatorias y a actuar como mediadores naturales en los conflictos.

PILAR DE LAS RELACIONES POSITIVAS



5. Habilidades sociales y motivación intrínseca

Finalmente, la inteligencia emocional se completa con el desarrollo de habilidades sociales y la capacidad de automotivarse. Las habilidades sociales, como saludar, cooperar, pedir ayuda o resolver problemas en grupo, son esenciales para una convivencia saludable. En paralelo, la automotivación impulsa a los estudiantes a superarse, asumir retos y mantener una actitud positiva ante las dificultades. Cuando el entorno escolar estimula estas competencias, se incrementa el sentido de pertenencia y la participación activa. Además, el clima emocional positivo refuerza la autoestima y disminuye los niveles de ansiedad y agresividad (Díaz & Martínez, 2022)

Por ello, es vital que la escuela integre programas y actividades que fomenten estas habilidades desde edades tempranas. Dinámicas grupales, proyectos colaborativos, juegos de roles y momentos de reflexión emocional son estrategias efectivas para

fortalecer tanto la interacción social como la motivación interna. Cuando los estudiantes se sienten comprendidos, valorados y capaces de expresar sus emociones de forma adecuada, no solo mejora el ambiente escolar, sino también su disposición hacia el aprendizaje y el desarrollo integral.

Asimismo, el ejemplo del personal docente y su manera de gestionar las emociones influye significativamente en el comportamiento del estudiantado. Cuando los adultos modelan actitudes empáticas, comunicativas y resilientes, los niños y niñas aprenden a imitar estas formas saludables de relacionarse. Esta coherencia entre lo que se enseña y lo que se practica fortalece el vínculo afectivo entre docentes y estudiantes, lo que, a su vez, favorece una convivencia más armoniosa, un clima de confianza mutua y una mayor disposición para el trabajo en equipo.

La inteligencia emocional se fortalece con habilidades sociales



Estrategias Prácticas para LA CONVIVENCIA ESCOLAR POSITIVA.

1. Fomentar la comunicación asertiva en el aula

Para construir una convivencia escolar positiva, es indispensable promover la comunicación asertiva entre todos los miembros de la comunidad educativa. En primer lugar, los docentes deben modelar formas respetuosas de expresar emociones, opiniones y desacuerdos. Además, es clave enseñar a los estudiantes a escuchar activamente y a responder sin agresividad ni evasión. Por ello, actividades como los círculos de diálogo o los debates regulados resultan altamente eficaces. Igualmente, brindar espacios seguros para expresar preocupaciones favorece la confianza y el sentido de pertenencia. Cuando la comunicación se basa en el respeto, se reducen los malentendidos y se fortalecen los vínculos afectivos. De este modo, se previene la escalada de conflictos.

2. Implementar normas consensuadas y claras

Otra estrategia fundamental consiste en establecer normas de convivencia claras, consensuadas y adaptadas a la edad de los estudiantes. Para lograrlo, es recomendable involucrar a los niños y adolescentes en la construcción de estas reglas, lo cual fomenta el sentido de responsabilidad. Posteriormente, las normas deben comunicarse de forma positiva y reforzarse mediante ejemplos concretos. Cuando los estudiantes comprenden el propósito de las reglas, es más probable que las respeten de forma voluntaria. También es importante que las consecuencias ante su incumplimiento sean coherentes, proporcionales y no punitivas. En este contexto, las reglas no se perciben como imposiciones, sino como acuerdos colectivos. A largo plazo, esta práctica contribuye a un clima de aula justo y estructurado. Por tanto, el respeto mutuo se convierte en una práctica cotidiana.

3. Promover la empatía y la resolución pacífica de conflictos

La empatía es una habilidad socioemocional esencial para la convivencia positiva, ya que permite comprender y validar las emociones ajenas. Para desarrollarla, es útil emplear dinámicas como juegos de roles, lecturas reflexivas o análisis de casos cotidianos. Además, enseñar estrategias de resolución pacífica de conflictos evita que los desacuerdos escalen en agresiones. Por ejemplo, guiar al estudiante en la identificación del problema, la expresión de sus emociones y la búsqueda de soluciones colaborativas es altamente formativo.

Asimismo, la mediación entre pares fortalece la autonomía y el compromiso con el bienestar común. Cuando se validan los sentimientos de todos los implicados, el aula se convierte en un espacio más inclusivo. En consecuencia, se previene la violencia escolar y se afianzan los valores democráticos. Por ello, la empatía debe ser parte integral del currículo formativo. Es fundamental que los docentes cuenten con herramientas para enseñar estas habilidades desde una edad temprana. De igual forma, incorporar espacios

regulares de reflexión emocional favorece la consolidación de una cultura escolar basada en la comprensión y el respeto mutuo.

4. Fortalecer el vínculo afectivo docente-estudiante

Una convivencia escolar positiva también se construye a partir de vínculos afectivos sólidos entre docentes y estudiantes. En este sentido, el trato cercano, la disponibilidad emocional y el reconocimiento individual resultan fundamentales. Por otro lado, cuando el docente demuestra interés genuino por el bienestar de sus alumnos, se genera un clima de confianza y apertura. Además, las relaciones basadas en el respeto mutuo favorecen la motivación intrínseca y la participación activa en clase.

A través de pequeñas acciones diarias, como saludar con amabilidad o celebrar logros personales, se fortalecen estos lazos. Igualmente, es importante ofrecer contención emocional en momentos difíciles, lo cual contribuye a la seguridad afectiva. Como resultado, los estudiantes se sienten valorados y respetados. De esta manera, se sientan las bases para una convivencia armónica y empática. Además, una relación afectiva sólida favorece la disposición al aprendizaje y disminuye la resistencia a las normas escolares. Por consiguiente, el aula se transforma en un espacio donde predomina el respeto mutuo, la colaboración y el crecimiento integral de cada estudiante.

5. Involucrar a las familias y la comunidad educativa

Finalmente, la participación activa de las familias y demás actores escolares es clave para consolidar una convivencia positiva. En primer lugar, es necesario establecer canales de comunicación fluidos entre la escuela y el hogar. Además, invitar a madres, padres y representantes a participar en actividades formativas o proyectos escolares refuerza el compromiso compartido. Cuando hay coherencia entre lo que se enseña en casa y en la escuela, los valores se interiorizan con mayor profundidad. Igualmente, el trabajo colaborativo con el personal administrativo y de apoyo permite una atención integral a las necesidades de los estudiantes.

También es recomendable conformar comités de convivencia que diseñen y evalúen acciones concretas para fortalecer el ambiente escolar. Por ende, toda la comunidad educativa se convierte en agente activo del cambio. Así, se promueve una cultura escolar basada en el respeto, la cooperación y la inclusión. Además, estos comités permiten canalizar inquietudes, prevenir conflictos y fomentar iniciativas innovadoras que respondan a las necesidades del contexto. Su funcionamiento debe ser participativo, transparente y sostenido en el tiempo para generar un impacto real. En última instancia, estas instancias fortalecen el tejido social escolar y promueven el sentido de corresponsabilidad en la formación de ciudadanos críticos y empáticos.

Unidad 3: Estrategias de Vinculación Afectiva y la Importancia de construir aulas inclusivas y empáticas de la niñez.

1. Clima escolar: base para el bienestar emocional y social

Para fomentar una convivencia escolar positiva en la niñez, resulta esencial construir un ambiente escolar seguro, acogedor y emocionalmente nutritivo. En este sentido, el clima del aula influye directamente en la percepción de los niños sobre sí mismos y sobre los demás. Asimismo, un entorno estructurado, pero flexible, promueve la participación activa y el respeto mutuo. Cuando los docentes crean rutinas claras, ofrecen contención emocional y valoran las diferencias, se establecen las bases para un ambiente armónico. Por otro lado, los espacios físicos también deben reflejar calidez, accesibilidad e inclusión. Un aula con materiales variados y mensajes positivos estimula la curiosidad y el sentido de pertenencia. Por consiguiente, cuidar el clima escolar implica tanto elementos emocionales como organizativos. Así, se fortalece el vínculo entre bienestar y aprendizaje. En definitiva, un buen clima escolar es la base del desarrollo integral. Del mismo modo, el clima escolar impacta de manera directa en el rendimiento académico y en la salud mental del estudiante. Cuando un niño se siente aceptado, contenido y valorado, desarrolla mayor confianza para participar y asumir retos.

Además, se reducen significativamente los niveles de estrés y ansiedad, lo cual facilita la concentración y la gestión de emociones. Igualmente, la percepción de justicia, apoyo y respeto dentro del aula incide positivamente en la construcción de la autoestima. En contraste, un entorno escolar conflictivo o caótico puede generar retraimiento, inseguridad o comportamientos desafiantes. Por ello, la atención al clima escolar debe ser una prioridad institucional, no solo una preocupación docente.

También es importante destacar que este clima se construye desde las relaciones cotidianas. Así, un entorno afectivo potencia las oportunidades de aprendizaje significativo y saludable. Por otra parte, el rol del docente en la consolidación de un clima positivo es absolutamente determinante. Su forma de comunicarse, su capacidad para mediar conflictos y su coherencia entre discurso y acción modelan las relaciones en el aula. Además, es fundamental que los docentes establezcan normas claras y compartidas con los estudiantes, promoviendo así un ambiente de justicia y equidad.

Igualmente, reconocer los logros de los niños y brindar apoyo ante sus frustraciones refuerza su motivación y compromiso. También se sugiere que el educador practique una escucha empática y activa, permitiendo que los estudiantes se expresen sin temor al juicio. En este contexto, se construyen vínculos sólidos que van más allá de lo académico.

De este modo, el docente actúa como un referente emocional. Por tanto, su presencia consciente y afectiva incide directamente en la calidad del clima escolar.

A la par, resulta imprescindible el trabajo colaborativo entre todos los actores de la institución para mantener un clima escolar saludable. No basta con que el aula funcione como un entorno positivo si en otras áreas escolares se reproducen prácticas excluyentes o autoritarias. En este sentido, se deben promover políticas institucionales que fomenten la inclusión, el respeto y la equidad en todos los espacios. Además, involucrar al personal administrativo, directivo y de apoyo en esta tarea fortalece la coherencia institucional.

Seguridad emocional y sentido de pertenencia

Un clima escolar positivo es fundamental para el desarrollo emocional y social de la niñez, ya que influye en la manera en que los estudiantes se relacionan con sus pares, docentes y consigo mismos. En este contexto, un entorno estructurado, respetuoso y afectivo proporciona seguridad emocional, la cual es clave para el aprendizaje. Asimismo, los niños que se sienten acogidos y valorados presentan una mayor motivación para participar activamente en la vida escolar.

Por tanto, construir un clima saludable va más allá de evitar conflictos; implica promover la cooperación, la escucha activa y el reconocimiento de la diversidad. Es decir, cada interacción diaria debe convertirse en una oportunidad para reforzar el respeto mutuo. Además, un clima afectivo favorece la resiliencia frente a las dificultades. Así, se establecen las condiciones óptimas para que el niño aprenda, conviva y se desarrolle integralmente.

Rol docente en la gestión emocional del aula

Por otro lado, los docentes desempeñan un papel esencial en la construcción de este clima, dado que sus actitudes y comportamientos modelan el tipo de relaciones que se espera mantener en el aula. Es necesario que adopten una postura abierta, empática y coherente con los valores que desean transmitir. De igual manera, establecer normas claras, mantener rutinas y demostrar interés por las emociones de los estudiantes contribuye a generar estabilidad.

En este sentido, los mensajes positivos y las acciones de cuidado fortalecen la autoestima y el sentido de pertenencia. Por consiguiente, los docentes deben actuar no solo como transmisores de conocimiento, sino también como guías afectivos. Además, una relación basada en la confianza incrementa la participación y reduce los comportamientos disruptivos. Así, el aula se transforma en un entorno donde los niños pueden crecer emocional y cognitivamente.

Comunidad educativa como garante del bienestar escolar

Finalmente, es importante considerar que el clima escolar no se limita al aula, sino que abarca todo el entorno institucional, desde los pasillos hasta los patios. En consecuencia,

toda la comunidad educativa —incluido el personal administrativo y de apoyo— debe comprometerse con la creación de un ambiente cálido y respetuoso. También resulta beneficioso establecer espacios de diálogo con las familias, ya que la coherencia entre el hogar y la escuela refuerza los valores promovidos.

Además, el ambiente escolar influye en la percepción del estudiante sobre la escuela como un lugar seguro. Por ello, cuidar todos los aspectos de la convivencia escolar es un acto pedagógico en sí mismo. De este modo, se favorece no solo el rendimiento académico, sino también el desarrollo emocional y social. Así, se cimentan las bases para una experiencia escolar significativa y enriquecedora.

2. Estrategias de vinculación afectiva desde la primera infancia

Desde los primeros años escolares, aplicar estrategias de vinculación afectiva contribuye al desarrollo de relaciones sólidas entre docentes y estudiantes. En primer lugar, es crucial que los adultos demuestren empatía, escuchen activamente y reconozcan las emociones infantiles. A través de gestos cotidianos como saludar, mirar a los ojos o llamar por su nombre, el niño se siente reconocido y valorado. Además, la construcción de vínculos seguros favorece la regulación emocional y la autoestima.

Por tanto, las actividades que integran el juego, la expresión artística y la narración son herramientas potentes para fortalecer la cercanía afectiva. Del mismo modo, compartir espacios de diálogo permite comprender mejor las necesidades individuales. En consecuencia, el aula se transforma en un espacio de cuidado mutuo. Esta conexión emocional es la base para una convivencia duradera y positiva. Así, los vínculos tempranos bien gestionados actúan como cimientos del bienestar escolar.

De igual forma, existen múltiples estrategias didácticas que pueden ser utilizadas para fortalecer el vínculo afectivo en el aula. Por ejemplo, el uso del juego libre y simbólico permite que los niños expresen emociones y vivencias de manera espontánea. Asimismo, actividades como dramatizaciones, canciones, cuentos interactivos o rutinas compartidas ayudan a generar cercanía y pertenencia. Además, incluir momentos para expresar cómo se sienten al inicio o cierre de la jornada favorece la autorregulación emocional y el conocimiento mutuo. Estas dinámicas, cuando son repetidas con intención pedagógica, se transforman en rituales afectivos que estructuran la jornada escolar.

Construcción del vínculo afectivo en el aula

Desde los primeros años escolares, aplicar estrategias de vinculación afectiva contribuye al desarrollo de relaciones sólidas entre docentes y estudiantes. En primer lugar, es crucial que los adultos demuestren empatía, escuchen activamente y reconozcan las emociones infantiles. A través de gestos cotidianos como saludar, mirar a los ojos o

llamar por su nombre, el niño se siente reconocido y valorado. Además, la construcción de vínculos seguros favorece la regulación emocional y la autoestima.

Por tanto, las actividades que integran el juego, la expresión artística y la narración son herramientas potentes para fortalecer la cercanía afectiva. Del mismo modo, compartir espacios de diálogo permite comprender mejor las necesidades individuales. En consecuencia, el aula se transforma en un espacio de cuidado mutuo. Esta conexión emocional es la base para una convivencia duradera y positiva. Así, los vínculos tempranos bien gestionados actúan como cimientos del bienestar escolar.

El docente como figura de apego seguro

Asimismo, los docentes deben ser conscientes del impacto emocional que tienen en sus estudiantes, especialmente en edades tempranas. Cada palabra, gesto o reacción puede influir profundamente en la percepción que el niño tiene de sí mismo y de los demás. Por esta razón, cultivar una actitud paciente, amorosa y coherente es indispensable para generar confianza. Además, cuando los niños sienten que su maestra o maestro está disponible emocionalmente, se genera un apego seguro que favorece su desarrollo integral. También es importante mantener una presencia constante y cálida, ya que la previsibilidad del adulto brinda seguridad emocional. Este tipo de acompañamiento fortalece la capacidad del niño para explorar, aprender y socializar con otros.

Estrategias pedagógicas para el fortalecimiento afectivo

De igual forma, existen múltiples estrategias didácticas que pueden ser utilizadas para fortalecer el vínculo afectivo en el aula. Por ejemplo, el uso del juego libre y simbólico permite que los niños expresen emociones y vivencias de manera espontánea. Asimismo, actividades como dramatizaciones, canciones, cuentos interactivos o rutinas compartidas ayudan a generar cercanía y pertenencia. Además, incluir momentos para expresar cómo se sienten al inicio o cierre de la jornada favorece la autorregulación emocional y el conocimiento mutuo.

Estas dinámicas, cuando son repetidas con intención pedagógica, se transforman en rituales afectivos que estructuran la jornada escolar. Del mismo modo, el trabajo en pequeños grupos promueve la cooperación, la escucha y el cuidado entre compañeros. En ese sentido, la pedagogía afectiva se vuelve parte del currículo oculto. Así, el aprendizaje se construye desde el vínculo y la emoción compartida. Por otro lado, no se puede dejar de lado la importancia de atender a la singularidad de cada niño o niña.

En efecto, para que estas estrategias de vinculación afectiva sean sostenibles, es necesario que la institución educativa promueva una cultura del cuidado desde sus principios organizativos. Esto implica capacitar a los docentes en competencias socioemocionales, ofrecer acompañamiento psicopedagógico y fortalecer el trabajo colaborativo entre pares. Asimismo, es fundamental que se fomente la reflexión docente

sobre sus prácticas relacionales, para reconocer aciertos y desafíos. Además, involucrar a las familias en el proceso educativo fortalece el lazo afectivo entre escuela y hogar, generando mayor coherencia y estabilidad para el niño.

[El aprendizaje se construye desde el vínculo y la emoción compartida.](#)

3. Aulas inclusivas: diversidad como oportunidad de crecimiento

La inclusión educativa no debe entenderse únicamente como una medida para atender a estudiantes con necesidades específicas, sino como una filosofía pedagógica que reconoce el valor de la diversidad. En este sentido, construir aulas inclusivas significa acoger a cada estudiante como sujeto único, con su propio ritmo, historia y potencial. Además, la diversidad cultural, funcional, emocional o lingüística no representa un obstáculo, sino una riqueza que nutre la experiencia escolar.

Por ejemplo, un aula donde conviven diferentes formas de aprender estimula la creatividad y el respeto mutuo. Asimismo, adaptar contenidos, tiempos y estrategias permite garantizar el acceso equitativo a los aprendizajes. Por tanto, la inclusión es sinónimo de justicia educativa. De este modo, se promueve el derecho de todos los niños a aprender juntos. Así, la escuela se convierte en un espacio donde cada voz tiene lugar y valor. Además, la implementación de aulas inclusivas requiere un cambio de mirada por parte del docente, quien debe pasar de ser un transmisor de contenidos a un facilitador del aprendizaje.

Para ello, es fundamental que reconozca y atienda la heterogeneidad del grupo, diseñando experiencias educativas significativas y accesibles. Estrategias como el aprendizaje cooperativo, los proyectos interdisciplinarios y la evaluación formativa favorecen la participación de todos. Igualmente, el uso de materiales multisensoriales y la incorporación de tecnologías de apoyo pueden ampliar las oportunidades de aprendizaje. Por otro lado, es necesario fomentar una cultura del respeto y la aceptación, donde las diferencias no sean motivo de burla, sino de reflexión colectiva.

Por otro lado, construir aulas inclusivas también implica revisar las prácticas institucionales y las políticas escolares. Es importante que las escuelas cuenten con equipos de apoyo interdisciplinario que acompañen a docentes, estudiantes y familias en los procesos de inclusión. Asimismo, es necesario que se promueva una planificación curricular flexible, que permita adaptar los objetivos y las metodologías según las necesidades reales del grupo. Además, incluir la voz de los estudiantes en la toma de decisiones fortalece la participación democrática y el sentido de pertenencia.

Del mismo modo, la literatura infantil, el juego simbólico y las actividades artísticas representan recursos valiosos para promover la inclusión desde una perspectiva afectiva y cognitiva. Por ejemplo, leer cuentos que representen distintas realidades culturales o funcionales permite a los niños identificarse y comprender al otro. Además, las

dramatizaciones, el arte colaborativo y los juegos cooperativos fomentan la integración y el reconocimiento mutuo. Estas experiencias no solo enriquecen el currículo, sino que ayudan a construir vínculos sociales más sólidos y libres de prejuicios.

La diversidad como riqueza pedagógica

La inclusión educativa no debe entenderse únicamente como una medida para atender a estudiantes con necesidades específicas, sino como una filosofía pedagógica que reconoce el valor de la diversidad. En este sentido, construir aulas inclusivas significa acoger a cada estudiante como sujeto único, con su propio ritmo, historia y potencial. Además, la diversidad cultural, funcional, emocional o lingüística no representa un obstáculo, sino una riqueza que nutre la experiencia escolar. Asimismo, adaptar contenidos, tiempos y estrategias permite garantizar el acceso equitativo a los aprendizajes. Por tanto, la inclusión es sinónimo de justicia educativa. De este modo, se promueve el derecho de todos los niños a aprender juntos. Así, la escuela se convierte en un espacio donde cada voz tiene lugar y valor.

El rol del docente como facilitador de la inclusión

Además, la implementación de aulas inclusivas requiere un cambio de mirada por parte del docente, quien debe pasar de ser un transmisor de contenidos a un facilitador del aprendizaje. Para ello, es fundamental que reconozca y atienda la heterogeneidad del grupo, diseñando experiencias educativas significativas y accesibles. Estrategias como el aprendizaje cooperativo, los proyectos interdisciplinarios y la evaluación formativa favorecen la participación de todos.

Igualmente, el uso de materiales multisensoriales y la incorporación de tecnologías de apoyo pueden ampliar las oportunidades de aprendizaje. Por otro lado, es necesario fomentar una cultura del respeto y la aceptación, donde las diferencias no sean motivo de burla, sino de reflexión colectiva. En este marco, el docente se convierte en un agente clave para transformar actitudes excluyentes. Así, se siembra una convivencia basada en la empatía, la equidad y la participación activa (Escobar, 2023).

La comunidad educativa y los recursos para una inclusión real

Por otro lado, construir aulas inclusivas también implica revisar las prácticas institucionales y las políticas escolares. Es importante que las escuelas cuenten con equipos de apoyo interdisciplinario que acompañen a docentes, estudiantes y familias en los procesos de inclusión. Asimismo, es necesario que se promueva una planificación curricular flexible, que permita adaptar los objetivos y las metodologías según las necesidades reales del grupo. Además, incluir la voz de los estudiantes en la toma de decisiones fortalece la participación democrática y el sentido de pertenencia.

En este contexto, la inclusión no es una acción aislada, sino una responsabilidad colectiva que involucra a toda la comunidad educativa. Por tanto, construir una escuela inclusiva exige compromiso, formación y apertura al cambio. De este modo, se generan condiciones estructurales y humanas que sostienen la inclusión a largo plazo. Del mismo modo, la literatura infantil, el juego simbólico y las actividades artísticas representan recursos valiosos para promover la inclusión desde una perspectiva afectiva y cognitiva. Por ejemplo, leer cuentos que representen distintas realidades culturales o funcionales permite a los niños identificarse y comprender al otro. Además, las dramatizaciones, el arte colaborativo y los juegos cooperativos fomentan la integración y el reconocimiento mutuo. Estas experiencias no solo enriquecen el currículo, sino que ayudan a construir vínculos sociales más sólidos y libres de prejuicios. Asimismo, la presencia de referentes diversos en el material didáctico contribuye a que todos los estudiantes se vean reflejados en su proceso educativo. Así, se refuerza la idea de que cada identidad tiene un lugar legítimo en el aula. En consecuencia, se forman generaciones más abiertas, inclusivas y respetuosas con la diferencia.

4. Empatía y resolución de conflictos en la niñez

La empatía es una competencia socioemocional fundamental que permite comprender y conectar con las emociones de los demás. Desde la infancia, se puede fomentar esta capacidad mediante prácticas pedagógicas intencionadas que promuevan la sensibilidad afectiva. Por ejemplo, enseñar a los niños a identificar emociones básicas como la alegría, el enojo o la tristeza les ayuda a interpretar mejor las situaciones sociales. Además, cuando un niño aprende a ponerse en el lugar del otro, es más probable que actúe con consideración y respeto.

En este contexto, el desarrollo de la empatía está estrechamente relacionado con la prevención de conflictos. Por tanto, es esencial incorporar esta habilidad al currículo escolar desde los primeros años. De igual manera, la empatía se convierte en la base para una convivencia respetuosa y cooperativa. Así, se fortalecen los vínculos sociales dentro del aula y en toda la comunidad educativa.

Asimismo, el rol del docente es clave en la enseñanza de la empatía y en la gestión adecuada de los conflictos infantiles.

A través de su ejemplo, los adultos modelan comportamientos que los estudiantes tienden a replicar. Mostrar paciencia, validar emociones y resolver desacuerdos mediante el diálogo son acciones que transmiten valores democráticos. Igualmente, los educadores pueden implementar actividades como juegos de roles, cuentos reflexivos o asambleas de aula, que invitan a reflexionar sobre los sentimientos y necesidades de los demás. Estas estrategias fomentan la comprensión emocional y fortalecen el sentido de justicia (Fierro & Carbajal, 2021)

Por otro lado, fomentar la empatía en la infancia no solo contribuye a resolver conflictos, sino que también fortalece la ciudadanía activa y la sensibilidad social. A medida que los estudiantes comprenden las realidades de otros compañeros —por ejemplo, aquellos que viven situaciones de exclusión o vulnerabilidad— desarrollan actitudes de solidaridad y cooperación. Integrar proyectos de aula que aborden temas como el respeto a la diversidad, los derechos de los niños o la justicia social amplía la mirada ética de los estudiantes. Este tipo de prácticas transforma el aula en un espacio de diálogo y respeto mutuo. Por ende, la empatía deja de ser solo una emoción, para convertirse en un valor que guía las acciones cotidianas. Así se construyen comunidades escolares más humanas y conscientes.

Desarrollo temprano de la empatía como base de la convivencia

La empatía es una competencia socioemocional fundamental que permite comprender y conectar con las emociones de los demás. Desde la infancia, se puede fomentar esta capacidad mediante prácticas pedagógicas intencionadas que promuevan la sensibilidad afectiva. Por ejemplo, enseñar a los niños a identificar emociones básicas como la alegría, el enojo o la tristeza les ayuda a interpretar mejor las situaciones sociales. En este contexto, el desarrollo de la empatía está estrechamente relacionado con la prevención de conflictos. Por tanto, es esencial incorporar esta habilidad al currículo escolar desde los primeros años. De igual manera, la empatía se convierte en la base para una convivencia respetuosa y cooperativa.

El rol del docente en la mediación emocional y el modelado de actitudes

Asimismo, el rol del docente es clave en la enseñanza de la empatía y en la gestión adecuada de los conflictos infantiles. A través de su ejemplo, los adultos modelan comportamientos que los estudiantes tienden a replicar. Mostrar paciencia, validar emociones y resolver desacuerdos mediante el diálogo son acciones que transmiten valores democráticos. Igualmente, los educadores pueden implementar actividades como juegos de roles, cuentos reflexivos o asambleas de aula, que invitan a reflexionar sobre los sentimientos y necesidades de los demás. Estas estrategias fomentan la comprensión emocional y fortalecen el sentido de justicia. Por consiguiente, el clima del aula mejora y se reducen las actitudes agresivas o excluyentes. Así, el docente se convierte en un mediador afectivo que orienta a los niños hacia una convivencia más armónica.

Estrategias prácticas para la resolución pacífica de conflictos

Del mismo modo, es importante ofrecer herramientas concretas para que los estudiantes puedan gestionar sus emociones y resolver conflictos de manera pacífica. Enseñar técnicas como la respiración consciente, el semáforo de emociones o la rueda de opciones permite que los niños adquieran mayor control sobre sus reacciones impulsivas. Estas

prácticas, sostenidas en el tiempo, permiten que los estudiantes desarrollen mayor autonomía emocional. También se recomienda implementar protocolos de resolución de conflictos, donde los involucrados puedan dialogar y buscar acuerdos justos. En consecuencia, se construye un entorno donde los desacuerdos no son reprimidos, sino canalizados positivamente. Así, la escuela enseña que el conflicto, bien gestionado, es una oportunidad para aprender y crecer.

Por otro lado, fomentar la empatía en la infancia no solo contribuye a resolver conflictos, sino que también fortalece la ciudadanía activa y la sensibilidad social.

Así pues, es necesario entender que el desarrollo de la empatía y la resolución pacífica de conflictos no ocurre de forma automática, sino que requiere de intencionalidad, práctica y acompañamiento. Por ello, las instituciones educativas deben incluir estas habilidades dentro de sus planes de convivencia y formación integral. También resulta beneficioso implicar a las familias en este proceso, promoviendo una cultura del diálogo y el respeto desde el hogar. Cuando todos los actores educativos se comprometen con la empatía como eje transversal, se genera un impacto profundo y sostenible en la convivencia escolar (Flores et al., 2023)

5. Convivencia y desarrollo integral en la infancia

La convivencia escolar no debe concebirse como un objetivo aislado, sino como un eje transversal que atraviesa todos los procesos formativos durante la infancia. En efecto, las relaciones que se establecen en el entorno escolar inciden directamente en el desarrollo emocional, social y cognitivo del niño. Cuando existe un clima de respeto, cuidado y colaboración, se favorece el aprendizaje significativo y la autoestima. Asimismo, el aula se convierte en un espacio donde los estudiantes aprenden a interactuar, compartir y resolver conflictos de manera constructiva. Además, las experiencias de convivencia aportan aprendizajes que trascienden lo académico, ya que involucran valores, actitudes y habilidades esenciales para la vida. Por ende, educar para convivir es también una forma de preparar a los niños para ser ciudadanos activos y solidarios.

De igual manera, el desarrollo integral de los estudiantes se fortalece cuando las dinámicas escolares promueven la participación activa y la toma de decisiones. Es decir, cuando los niños tienen voz en su proceso educativo, se sienten reconocidos como sujetos de derechos. Esta participación genera un sentido de pertenencia que estimula la responsabilidad, la autonomía y el compromiso con el bienestar común. Además, los espacios democráticos —como asambleas de aula, consejos estudiantiles o comités de convivencia— permiten que los estudiantes practiquen habilidades de diálogo, escucha y resolución consensuada de problemas.

En consecuencia, no solo aprenden normas de convivencia, sino que también desarrollan conciencia crítica y sentido ético. Por tanto, el respeto a la palabra del niño es un pilar de una educación centrada en la persona. Así, la escuela se convierte en una comunidad de aprendizaje y crecimiento compartido. Además, las interacciones positivas entre docentes, estudiantes y familias contribuyen significativamente al desarrollo de competencias emocionales y sociales. En este contexto, el adulto cumple un rol fundamental como mediador y modelo de convivencia.

Este enfoque formativo promueve el sentido de responsabilidad y la conciencia sobre las consecuencias de los actos. También es esencial que las reglas sean claras, consensuadas y adaptadas al nivel de desarrollo de los estudiantes. En este marco, la convivencia escolar deja de ser un sistema de control, para transformarse en una práctica educativa que humaniza. Así, el vínculo con los otros se convierte en fuente de aprendizaje y bienestar. Por otro lado, es importante considerar que la convivencia también implica el reconocimiento y la gestión de las emociones.

Desde edades tempranas, los niños deben contar con espacios donde puedan expresar sus sentimientos y aprender a regularlos de forma adecuada. Actividades como el juego cooperativo, el arte, la música o la narración oral son medios efectivos para fomentar la expresión emocional y el desarrollo empático. Además, incorporar momentos de reflexión sobre las emociones vividas durante el día ayuda a fortalecer la autorregulación y la convivencia pacífica. Igualmente, la promoción del buen trato y la resolución no violenta de conflictos permite consolidar relaciones más saludables. De este modo, la educación emocional se convierte en aliada de la convivencia escolar. Así, se promueve un desarrollo integral que equilibra el saber, el sentir y el convivir en armonía.

La convivencia como eje transversal del desarrollo

La convivencia escolar no debe concebirse como un objetivo aislado, sino como un eje transversal que atraviesa todos los procesos formativos durante la infancia. En efecto, las relaciones que se establecen en el entorno escolar inciden directamente en el desarrollo emocional, social y cognitivo del niño. Cuando existe un clima de respeto, cuidado y colaboración, se favorece el aprendizaje significativo y la autoestima. Asimismo, el aula se convierte en un espacio donde los estudiantes aprenden a interactuar, compartir y resolver conflictos de manera constructiva. Por ende, educar para convivir es también una forma de preparar a los niños para ser ciudadanos activos y solidarios. Así, la convivencia se consolida como una herramienta pedagógica de transformación social. De este modo, se fortalece el vínculo entre aprendizaje y bienestar integral.

Participación infantil y construcción de ciudadanía

De igual manera, el desarrollo integral de los estudiantes se fortalece cuando las dinámicas escolares promueven la participación activa y la toma de decisiones. Es decir,

cuando los niños tienen voz en su proceso educativo, se sienten reconocidos como sujetos de derechos. Esta participación genera un sentido de pertenencia que estimula la responsabilidad, la autonomía y el compromiso con el bienestar común. Además, los espacios democráticos —como asambleas de aula, consejos estudiantiles o comités de convivencia— permiten que los estudiantes practiquen habilidades de diálogo, escucha y resolución consensuada de problemas. En consecuencia, no solo aprenden normas de convivencia, sino que también desarrollan conciencia crítica y sentido ético. Por tanto, el respeto a la palabra del niño es un pilar de una educación centrada en la persona.

Interacciones respetuosas como modelo de convivencia

Asimismo, las interacciones positivas entre docentes, estudiantes y familias contribuyen significativamente al desarrollo de competencias emocionales y sociales. En este contexto, el adulto cumple un rol fundamental como mediador y modelo de convivencia. Cuando los educadores practican la empatía, la justicia y la cooperación, los niños interiorizan estos valores como principios de acción. Además, las normas escolares deben estar orientadas al diálogo y la reparación del daño, más que al castigo.

Este enfoque formativo promueve el sentido de responsabilidad y la conciencia sobre las consecuencias de los actos. También es esencial que las reglas sean claras, consensuadas y adaptadas al nivel de desarrollo de los estudiantes. En este marco, la convivencia escolar deja de ser un sistema de control, para transformarse en una práctica educativa que humaniza. Así, el vínculo con los otros se convierte en fuente de aprendizaje y bienestar. De esta forma, los vínculos sociales se consolidan de forma sana y equitativa.

Educación emocional como aliada de la convivencia

Por otro lado, es importante considerar que la convivencia también implica el reconocimiento y la gestión de las emociones. Desde edades tempranas, los niños deben contar con espacios donde puedan expresar sus sentimientos y aprender a regularlos de forma adecuada. Actividades como el juego cooperativo, el arte, la música o la narración oral son medios efectivos para fomentar la expresión emocional y el desarrollo empático. Además, incorporar momentos de reflexión sobre las emociones vividas durante el día ayuda a fortalecer la autorregulación y la convivencia pacífica. Igualmente, la promoción del buen trato y la resolución no violenta de conflictos permite consolidar relaciones más saludables. De este modo, la educación emocional se convierte en aliada de la convivencia escolar. Así, se promueve un desarrollo integral que equilibra el saber, el sentir y el convivir en armonía.

Corresponsabilidad institucional y sostenibilidad educativa

Finalmente, consolidar una convivencia escolar positiva requiere de una visión compartida por todos los actores de la comunidad educativa. Directivos, docentes, personal de apoyo y familias deben trabajar de manera articulada para generar

ambientes inclusivos, respetuosos y emocionalmente seguros. Asimismo, es necesario establecer políticas institucionales que promuevan la equidad, la diversidad y el cuidado mutuo como ejes fundamentales del quehacer educativo.

Por ende, Cuando la convivencia se entiende como una responsabilidad colectiva, se construyen escuelas más humanas, participativas y transformadoras. Así mismo, el impacto de estas prácticas se proyecta más allá del aula, ya que prepara a los niños para construir relaciones justas y solidarias en otros contextos. Por todo ello, educar desde la convivencia es educar para la vida. Así, el desarrollo integral de la infancia se convierte en una meta alcanzable y sostenida en el tiempo. Por tanto, es urgente institucionalizar la convivencia como parte esencial del proyecto educativo.

Unidad 4: Diseño de planes de convivencia escolar positiva

1. Fundamentación y propósito del plan de convivencia

El diseño de planes de convivencia escolar positiva constituye una herramienta esencial para orientar las relaciones dentro del entorno educativo. En primer lugar, su propósito es prevenir conflictos, fortalecer la participación y fomentar un ambiente donde prevalezcan el respeto, la empatía y la inclusión. Por ello, estos planes deben surgir de una visión compartida entre docentes, estudiantes, familias y directivos. De esta manera, el plan se convierte en una guía para consolidar comunidades escolares sanas, seguras y participativas. Asimismo, permite articular acciones pedagógicas y emocionales para construir un entorno propicio al aprendizaje. Por ende, su implementación requiere planificación, evaluación continua y compromiso colectivo. Así, se sientan las bases de una convivencia democrática y transformadora.

2. Diagnóstico participativo del contexto escolar

Antes de diseñar un plan de convivencia, es fundamental realizar un diagnóstico que identifique fortalezas, debilidades y necesidades del contexto educativo. En este sentido, se deben recoger percepciones de todos los actores involucrados: estudiantes, docentes, personal de apoyo y familias. Para ello, pueden aplicarse encuestas, entrevistas o grupos focales que permitan conocer la realidad cotidiana en la escuela. Esta etapa inicial garantiza que las estrategias propuestas respondan a las condiciones reales de la institución. Igualmente, permite priorizar objetivos y establecer líneas de acción acordes al nivel educativo y a la diversidad del estudiantado.

3. Componentes estratégicos del plan de convivencia

Una vez identificado el contexto, el plan debe estructurarse en torno a componentes estratégicos que articulen objetivos, acciones y evaluación. Entre los principales ejes se incluyen: clima escolar, educación emocional, resolución de conflictos, participación estudiantil, vínculos con las familias y normativas consensuadas. Cada componente debe contener objetivos específicos, estrategias pedagógicas y responsables definidos. Además, es clave establecer indicadores de logro que permitan valorar el impacto de las acciones implementadas. Este enfoque dinámico evita que el plan quede reducido a un documento administrativo sin aplicación real. En consecuencia, la planificación se convierte en una herramienta viva, que evoluciona en función de las necesidades del grupo escolar.

4. Implementación pedagógica y transversalidad

La puesta en marcha del plan de convivencia debe integrarse de forma transversal al quehacer pedagógico de la institución. Para lograrlo, es necesario que las actividades de convivencia no se limiten a momentos aislados, sino que estén presentes en el aula, en los recreos, en la gestión institucional y en la relación con las familias. Por ejemplo,

promover asambleas de aula, círculos de diálogo o proyectos colaborativos favorece la interiorización de normas y valores compartidos. Igualmente, es importante que las prácticas de enseñanza incluyan contenidos de educación emocional, ciudadanía y derechos humanos. De esta forma, la convivencia no se aborda desde la imposición, sino desde la formación ética. Así, se transforma en un eje integrador de la vida escolar.

5. Evaluación, sostenibilidad y cultura institucional

Finalmente, todo plan de convivencia debe contemplar mecanismos de evaluación que permitan valorar sus resultados y realizar ajustes necesarios. En este proceso, se recomienda utilizar instrumentos como rúbricas, registros de comportamiento, encuestas de clima escolar o portafolios de evidencias. Además, la evaluación debe ser formativa, participativa y orientada a la mejora continua. También es fundamental que el plan esté alineado con el proyecto educativo institucional (PEI) y cuente con el respaldo de los directivos.

La sostenibilidad del plan depende de su apropiación por parte de la comunidad, así como de la institucionalización de sus prácticas. Por tanto, es clave construir una cultura escolar donde la convivencia sea entendida como responsabilidad compartida y como valor transversal. En suma, un buen plan de convivencia no solo regula conductas, sino que transforma la escuela en un espacio de crecimiento humano, inclusión y paz.

Tabla 3: Diseño de Plan de Convivencia Escolar Positiva

Eje o Dimensión	Objetivo Específico	Estrategias/Actividades	Responsables	Indicadores de Logro	Tiempo de Ejecución	Instrumentos de Evaluación
Clima escolar	Fortalecer un ambiente seguro y afectivo en el aula	- Ambientación inclusiva - Rincón emocional - Dinámicas de bienvenida	Docentes / Estudiantes	- Estudiantes se sienten seguros - Mayor participación y expresión emocional	Trimestral	Encuestas de percepción Listas de cotejo
Educación emocional	Desarrollar habilidades de autorregulación y empatía	- Juego de roles - Charlas emocionales - Cuentacuentos con reflexión emocional	Docentes / DECE	- Reconocen emociones propias y ajenas - Disminuyen conflictos menores	Mensual	Diario de aula Escalas de observación
Resolución	Promover el	- Implementación	Docente guía /	- Participan	Semanal	Registro de

pacífica de conflictos	diálogo y la mediación como herramientas de resolución	del “semáforo del conflicto” - Mediación entre pares - Asamblea de aula semanal	Estudiantes líderes	en mediaciones - Reducción de incidentes disciplinarios		incidencias Actas de mediación
Participación estudiantil	Fomentar la voz y protagonismo de los estudiantes en la convivencia escolar	- Elección de voceros - Comité de convivencia - Propuestas estudiantiles para mejorar el ambiente escolar	Coordinador de convivencia / Docentes	- Participan en decisiones - Aumentar la corresponsabilidad	Bimestral	Actas de reuniones Portafolio de propuestas
Vinculación familia-escuela	Involucrar a las familias en acciones de convivencia y cultura de paz	- Escuelas para padres - Talleres colaborativos - Jornadas lúdicas familiares	Dirección / DECE / Familias	- Asistencia y participación activa - Retroalimentación positiva de familias	Trimestral	Registro de asistencia Encuestas familiares
Normas y acuerdos de convivencia	Construir y aplicar colectivamente normas claras y consensuadas	- Elaboración del reglamento de aula - Carteles de acuerdos - Evaluación grupal de cumplimiento	Docentes / Estudiantes	- Conocen y respetan las normas - Normas visibles y asumidas por el grupo	Inicio de ciclo escolar	Rúbrica de cumplimiento Revisión participativa

Unidad 5: Evaluación, Formación Docente para mejorar el aprendizaje de los niños en el aula mediante la empatía en aulas inclusivas.

La evaluación como herramienta para una enseñanza empática

En primer lugar, la evaluación no debe limitarse a calificar desempeños, sino que debe concebirse como un proceso formativo que permite mejorar la enseñanza y atender a la diversidad del aula. En este sentido, una evaluación empática toma en cuenta los ritmos, emociones y contextos individuales de cada estudiante. Además, permite identificar barreras de aprendizaje sin estigmatizar, y ofrece oportunidades reales de acompañamiento pedagógico. Por tanto, es fundamental aplicar instrumentos flexibles y cualitativos, como rúbricas, portafolios o diarios reflexivos, que valoren el proceso más que el resultado. Asimismo, retroalimentar de manera constructiva refuerza la autoestima del niño y fortalece su motivación intrínseca. De este modo, la evaluación se convierte en una vía para el desarrollo integral. Así, se promueve una cultura de la comprensión, el respeto y la mejora continua dentro del aula (Flores et al., 2022)

Formación docente para atender la diversidad emocional y pedagógica

Para aplicar evaluaciones empáticas y favorecer el aprendizaje en aulas inclusivas, es imprescindible que los docentes reciban una formación continua, reflexiva y contextualizada. En efecto, la formación docente no debe centrarse únicamente en contenidos académicos, sino también en el desarrollo de habilidades socioemocionales y de gestión de la diversidad. Por ejemplo, capacitarse en neurodiversidad, inteligencia emocional y metodologías activas permite al educador diseñar experiencias de aprendizaje más personalizadas y significativas. Además, un docente empático y bien preparado actúa como facilitador, guía y mediador del proceso educativo. También es necesario que esta formación integre espacios de análisis crítico de la práctica pedagógica, para reconocer aciertos y desafíos. De esta manera, se construyen docentes más conscientes de su rol humanizador. Así, la formación permanente se convierte en pilar clave para una escuela inclusiva y transformadora.

Empatía docente como motor del aprendizaje significativo

Por otro lado, la empatía en el aula no solo mejora la convivencia, sino que también potencia el aprendizaje profundo. Cuando un docente se muestra cercano, escucha activamente y comprende las emociones de sus estudiantes, crea un ambiente seguro y estimulante. Esta conexión emocional favorece la participación, la curiosidad y el esfuerzo, lo que se traduce en mejores resultados académicos. Además, un maestro empático detecta las necesidades específicas de cada niño, ofreciendo apoyos diferenciados sin generar exclusión. Igualmente, valida los sentimientos del estudiante y

promueve la resiliencia frente a los errores. Así, se fortalece el vínculo educativo y se incrementa el compromiso del alumno con su propio proceso. Por consiguiente, educar desde la empatía transforma el aula en un espacio de contención, crecimiento y justicia. En definitiva, el aprendizaje florece donde hay afecto y comprensión.

Aulas inclusivas: equidad, respeto y acompañamiento personalizado

Asimismo, promover aulas inclusivas implica garantizar que todos los niños, sin importar sus condiciones, participen activamente del aprendizaje. Para ello, es necesario adaptar estrategias pedagógicas que consideren diferentes estilos, capacidades y trayectorias educativas. En este marco, la empatía se convierte en el principio rector que orienta la planificación y la evaluación diferenciada. Además, el trabajo colaborativo entre docentes, profesionales de apoyo y familias refuerza el acompañamiento integral de cada estudiante. También es importante visibilizar las diferencias como una riqueza, y no como un obstáculo, fortaleciendo así el respeto mutuo. Igualmente, un aula inclusiva fomenta la cooperación entre pares y promueve la solidaridad desde la infancia. Por tanto, la inclusión requiere voluntad política, compromiso ético y sensibilidad humana. Así, se construye un ambiente donde todos tienen la oportunidad de aprender, crecer y convivir.

Hacia una práctica docente reflexiva y transformadora

Posteriormente, mejorar el aprendizaje mediante la empatía en aulas inclusivas exige una práctica docente reflexiva, ética y centrada en el bienestar de los estudiantes. En primer lugar, es necesario repensar las creencias y actitudes que obstaculizan la inclusión y el vínculo afectivo. Asimismo, se debe fortalecer el liderazgo pedagógico que inspire cambios en la cultura escolar, promoviendo el respeto, la equidad y la escucha activa. Además, es clave que las instituciones educativas generen espacios de diálogo, formación e innovación para que los docentes puedan compartir experiencias, construir saberes colectivos y crecer profesionalmente. Cuando el docente comprende que su labor trasciende la transmisión de contenidos, y se convierte en constructor de relaciones humanas, su práctica cobra un sentido más profundo. En suma, la empatía y la inclusión no son añadidos, sino fundamentos esenciales de una educación justa, sensible y verdaderamente transformadora (Flores et al., 2022)

El docente se convierte en constructor de relaciones humanas

Evaluación y Formación Docente para mejorar el aprendizaje en aulas inclusivas

|

—▶ **1. Evaluación empática**

| — **Valoración del proceso, no solo del resultado**

- | | | — Instrumentos flexibles (rúbricas, portafolios)
- | | | — Retroalimentación constructiva
- | | | — Respeto a ritmos y estilos de aprendizaje
- | |
- | —▶ 2. Formación docente continua
- | | | — Desarrollo de competencias socioemocionales
- | | | — Capacitación en diversidad e inclusión
- | | | — Prácticas pedagógicas reflexivas
- | | | — Fortalecimiento del rol como mediador
- | |
- | —▶ 3. Empatía como estrategia pedagógica
- | | | — Construcción de vínculos afectivos
- | | | — Clima emocionalmente seguro
- | | | — Acompañamiento individualizado
- | | | — Promoción del respeto y la resiliencia
- | |
- | —▶ 4. Aulas inclusivas
- | | | — Adaptación de estrategias y evaluación
- | | | — Participación activa de todos los estudiantes
- | | | — Trabajo colaborativo con familias y equipos de apoyo
- | | | — Diversidad como oportunidad educativa
- | |
- | —▶ 5. Práctica docente transformadora
- | | | — Ética profesional centrada en el estudiante
- | | | — Innovación y liderazgo pedagógico
- | | | — Espacios de diálogo e intercambio docente
- | | | — Educación basada en la equidad y la justicia

Unidad 6: La importancia del juego en la convivencia escolar positiva para construir aulas inclusivas y empáticas para los niños.

El juego es una herramienta esencial en la formación integral de los niños, no solo por su valor recreativo, sino por su potencial para fortalecer la convivencia escolar positiva. A través del juego, los estudiantes desarrollan habilidades sociales clave como la cooperación, la escucha activa y el respeto por las reglas. Además, en un ambiente lúdico, los niños se sienten más libres para expresarse, interactuar y resolver conflictos de forma espontánea. Por ello, incluir el juego en la vida escolar no debe ser visto como una pérdida de tiempo, sino como una inversión en la construcción de vínculos saludables. Igualmente, al jugar, los niños aprenden a compartir, a ponerse en el lugar del otro y a valorar las diferencias.

De manera complementaria, el juego permite crear aulas más inclusivas, donde todos los niños se sientan valorados y partícipes sin importar sus habilidades o características individuales. En contextos inclusivos, las dinámicas lúdicas permiten adaptar roles y actividades para que cada estudiante contribuya desde sus fortalezas. Asimismo, al eliminar la presión del rendimiento académico, el juego abre un espacio de encuentro en igualdad de condiciones. Esto favorece que los estudiantes con necesidades educativas especiales o contextos diversos se integren naturalmente al grupo (Flores et al., 2022)

Por otro lado, el juego favorece el desarrollo de la empatía, ya que permite a los niños ponerse en diferentes roles, reconocer emociones y responder con sensibilidad ante las experiencias de sus compañeros. En dinámicas como los juegos de roles o cooperativos, los estudiantes experimentan situaciones que requieren negociar, ceder y ayudar a otros. Además, al interactuar con distintos compañeros, amplían su comprensión del mundo social que los rodea. Estas experiencias fortalecen no solo el vínculo con los demás, sino también la autorregulación emocional. Igualmente, el juego facilita el aprendizaje de normas sociales de manera natural y significativa.

Del mismo modo, el rol del docente es crucial para guiar experiencias de juego que favorezcan la convivencia y la inclusión. El adulto debe planificar actividades que promuevan la colaboración y que se adapten a las necesidades del grupo. Además, es importante crear un ambiente seguro donde todos los niños se sientan motivados a participar sin miedo al juicio o al fracaso. También se deben aprovechar los momentos de juego para observar, intervenir pedagógicamente y promover reflexiones colectivas. Igualmente, integrar el juego en la rutina escolar favorece el aprendizaje emocional y relacional.

Ahora bien, construir aulas empáticas y solidarias requiere una mirada pedagógica que valore el juego como medio para educar en la convivencia. En lugar de ser una actividad secundaria, el juego debe ocupar un lugar central en las prácticas escolares. Además, su integración debe ser continua, transversal y contextualizada a las realidades del grupo. También es importante fomentar el juego libre, donde los niños tengan la oportunidad de crear, imaginar y relacionarse espontáneamente. Asimismo, los juegos estructurados pueden servir como espacios de aprendizaje dirigidos y colaborativos.

El juego como generador de habilidades sociales y convivencia

El juego es una herramienta esencial en la formación integral de los niños, no solo por su valor recreativo, sino por su potencial para fortalecer la convivencia escolar positiva. A través del juego, los estudiantes desarrollan habilidades sociales clave como la cooperación, la escucha activa y el respeto por las reglas. Además, en un ambiente lúdico, los niños se sienten más libres para expresarse, interactuar y resolver conflictos de forma espontánea. Por ello, incluir el juego en la vida escolar no debe ser visto como una pérdida de tiempo, sino como una inversión en la construcción de vínculos saludables. Igualmente, al jugar, los niños aprenden a compartir, a ponerse en el lugar del otro y a valorar las diferencias (Flores et al., 2022)

El juego como herramienta para la inclusión y la equidad

De manera complementaria, el juego permite crear aulas más inclusivas, donde todos los niños se sientan valorados y partícipes sin importar sus habilidades o características individuales. En contextos inclusivos, las dinámicas lúdicas permiten adaptar roles y actividades para que cada estudiante contribuya desde sus fortalezas. Asimismo, al eliminar la presión del rendimiento académico, el juego abre un espacio de encuentro en igualdad de condiciones. Esto favorece que los estudiantes con necesidades educativas especiales o contextos diversos se integren naturalmente al grupo. De esta forma, la inclusión deja de ser una meta abstracta y se convierte en una práctica cotidiana, vivida desde la interacción.

El juego como promotor de empatía y aprendizaje emocional

Por otro lado, el juego favorece el desarrollo de la empatía, ya que permite a los niños ponerse en diferentes roles, reconocer emociones y responder con sensibilidad ante las experiencias de sus compañeros. En dinámicas como los juegos de roles o cooperativos, los estudiantes experimentan situaciones que requieren negociar, ceder y ayudar a otros. Además, al interactuar con distintos compañeros, amplían su comprensión del mundo social que los rodea. Estas experiencias fortalecen no solo el vínculo con los demás, sino también la autorregulación emocional. Igualmente, el juego facilita el aprendizaje de normas sociales de manera natural y significativa.

Del mismo modo, el rol del docente es crucial para guiar experiencias de juego que favorezcan la convivencia y la inclusión. El adulto debe planificar actividades que promuevan la colaboración y que se adapten a las necesidades del grupo. Además, es importante crear un ambiente seguro donde todos los niños se sientan motivados a participar sin miedo al juicio o al fracaso. También se deben aprovechar los momentos de juego para observar, intervenir pedagógicamente y promover reflexiones colectivas. Igualmente, integrar el juego en la rutina escolar favorece el aprendizaje emocional y relacional. Por ende, se construyen entornos donde el respeto, la alegría y el vínculo social se fortalecen constantemente.

Ahora bien, construir aulas empáticas y solidarias requiere una mirada pedagógica que valore el juego como medio para educar en la convivencia. En lugar de ser una actividad secundaria, el juego debe ocupar un lugar central en las prácticas escolares. Además, su integración debe ser continua, transversal y contextualizada a las realidades del grupo. También es importante fomentar el juego libre, donde los niños tengan la oportunidad de crear, imaginar y relacionarse espontáneamente. Asimismo, los juegos estructurados pueden servir como espacios de aprendizaje dirigidos y colaborativos. Cuando el juego se articula con la planificación educativa, contribuye activamente al desarrollo integral del niño.

Tabla 4: Importancia del juego en la convivencia escolar positiva e inclusiva

Aspecto	Descripción	Relación con la Inclusión	Relación con la Empatía
Valor pedagógico del juego	El juego permite aprender de forma activa, lúdica y significativa. Fomenta la curiosidad, la autonomía y el pensamiento crítico.	Promueve que todos los estudiantes participen, adaptando actividades a distintos niveles y estilos de aprendizaje.	Favorece que los niños comprendan las emociones propias y ajenas a través de situaciones simuladas o reales.
Juego y habilidades sociales	Ayuda a desarrollar competencias como la cooperación, el respeto por las reglas, la escucha activa y la resolución pacífica de conflictos.	Facilita la interacción entre estudiantes diversos, promoviendo relaciones equitativas y no excluyentes.	Refuerza la capacidad de ponerse en el lugar del otro durante dinámicas grupales o colaborativas.
Tipos de juego recomendados	Juegos cooperativos, de roles, simbólicos, artísticos o de	Posibilitan la participación de niños con distintas habilidades físicas,	Permiten vivenciar diversas perspectivas y desarrollar

	construcción. Se adaptan a los intereses y necesidades del grupo.	cognitivas o emocionales sin exclusión.	sensibilidad afectiva hacia los compañeros.
Rol del docente	El adulto actúa como mediador, planifica actividades lúdicas significativas y crea un ambiente seguro para jugar sin miedo al error.	Asegura que cada niño tenga un espacio de participación, ajustando roles y dinámicas para garantizar equidad.	Modela actitudes empáticas y fomenta el diálogo, la comprensión y la solidaridad durante el juego.
Impacto en la convivencia escolar	Favorece un ambiente afectivo, reduce los conflictos y mejora el clima del aula. Construye relaciones positivas basadas en el respeto y la inclusión.	Refuerza la cultura del buen trato y la corresponsabilidad dentro del grupo.	Crea experiencias compartidas que fortalecen los vínculos emocionales y la cohesión grupal.

Asimismo, el juego estimula la creatividad y la capacidad de resolución de conflictos, dos habilidades esenciales para la vida en comunidad. Al enfrentarse a situaciones imprevistas durante el juego, los niños deben buscar soluciones, adaptarse a nuevas reglas o encontrar acuerdos con sus compañeros. Este tipo de interacción les permite practicar estrategias sociales en un contexto seguro y lúdico. Además, aprenden a tolerar la frustración, compartir recursos y expresar sus emociones de forma constructiva, lo cual tiene un impacto positivo en su comportamiento dentro y fuera del aula.

Por otro lado, el juego también ofrece una oportunidad valiosa para visibilizar y respetar la diversidad. Cuando se promueven juegos inclusivos que consideran diferentes ritmos, estilos de aprendizaje y contextos culturales, se favorece el sentido de equidad y pertenencia. Los estudiantes aprenden a valorar las diferencias como un aporte al grupo, a comunicarse de manera respetuosa y a generar dinámicas más justas. De este modo, el juego se convierte en una herramienta poderosa para combatir actitudes discriminatorias y fortalecer la cohesión del grupo.

Además, el uso intencional de juegos simbólicos, narrativos y cooperativos permite trabajar aspectos emocionales complejos de forma indirecta y accesible. A través de historias, personajes o situaciones imaginarias, los estudiantes pueden explorar temas como la tristeza, el miedo, el enojo o la alegría sin sentirse expuestos. Esta expresión simbólica favorece la identificación emocional y el desarrollo de la empatía. Al mismo tiempo, brinda al docente una vía pedagógica para abordar conflictos cotidianos y generar espacios de diálogo y comprensión colectiva.

Igualmente, es importante reconocer que el juego no solo beneficia a los estudiantes, sino que también enriquece la práctica docente. Al observar cómo interactúan los niños durante las dinámicas lúdicas, los educadores pueden identificar fortalezas, necesidades emocionales y patrones de comportamiento que muchas veces no se manifiestan en contextos formales. Esta observación pedagógica permite ajustar estrategias, generar apoyos individualizados y fortalecer el acompañamiento emocional (Flores et al., 2022) En este contexto, las instituciones educativas deben asumir el compromiso de crear espacios físicos, temporales y simbólicos que valoren el juego como derecho y como recurso pedagógico. Esto implica no solo disponer de materiales y tiempos adecuados, sino también construir una cultura escolar donde el juego sea entendido como una forma legítima de aprender y relacionarse. Al priorizar estos enfoques, la escuela contribuye a la formación de niñas y niños emocionalmente sanos, empáticos y preparados para participar activamente en una sociedad más justa y solidaria.

Finalmente, al incorporar el juego como parte fundamental del proceso educativo, se impulsa una cultura escolar centrada en el bienestar, la alegría y la participación activa. Esta visión humanista del aprendizaje reconoce que los niños aprenden mejor cuando se sienten seguros, felices y conectados con los demás. Por ello, es necesario seguir promoviendo una educación que abrace el juego como una herramienta transformadora, capaz de formar ciudadanos sensibles, cooperativos y emocionalmente equilibrados.

Unidad 7: Juegos cooperativos para fortalecer la convivencia escolar positiva para construir aulas inclusivas y empáticas para los niños.

1. El juego como herramienta pedagógica para la convivencia

El juego constituye una poderosa estrategia educativa que va más allá del entretenimiento, ya que promueve el desarrollo emocional, social y cognitivo. En particular, los juegos cooperativos permiten a los niños experimentar el valor de la colaboración y el respeto mutuo. A diferencia de los juegos competitivos, aquí el objetivo no es ganar individualmente, sino lograr metas comunes. Además, estos juegos estimulan la empatía, la solidaridad y la toma de decisiones compartida. Por ende, son ideales para fortalecer la convivencia escolar desde los primeros años de escolaridad. También contribuyen a disminuir actitudes excluyentes y comportamientos agresivos en el aula. En este contexto, jugar se convierte en una oportunidad formativa.



2. Aulas inclusivas: participación activa a través del juego

Uno de los grandes beneficios de los juegos cooperativos es que permiten la participación activa de todos los niños, independientemente de sus habilidades, ritmos o características individuales. De este modo, se adaptan fácilmente a contextos inclusivos, donde cada estudiante tiene un rol significativo. Por ejemplo, en juegos como "la telaraña", "el paracaídas" o "la cadena solidaria", se valora el esfuerzo colectivo por encima del desempeño individual. Además, estas dinámicas favorecen la construcción de vínculos entre compañeros, lo cual mejora la integración de estudiantes con discapacidades, dificultades de aprendizaje o provenientes de entornos diversos. Así, se promueve el derecho a jugar, aprender y convivir en igualdad de condiciones (Gómez & Agramonte, 2022).



3. Fomentar la empatía mediante experiencias lúdicas compartidas

La empatía no se enseña únicamente con teoría; se cultiva a través de experiencias concretas y significativas. En este sentido, los juegos cooperativos permiten que los niños se pongan en el lugar del otro al trabajar juntos, tomar decisiones grupales y superar obstáculos colectivos. Además, al compartir emociones como alegría, frustración o logro durante el juego, los estudiantes aprenden a reconocer y respetar los sentimientos ajenos. Igualmente, los momentos lúdicos facilitan el diálogo espontáneo, el apoyo entre pares y la valoración de las diferencias. Por tanto, implementar juegos que incluyan reflexiones posteriores fortalece la conciencia emocional. Así, se enseña a convivir no desde la imposición de normas, sino desde la vivencia afectiva y colectiva. De este modo, la empatía se transforma en una práctica cotidiana dentro del aula.



4. Rol del docente como facilitador de dinámicas cooperativas

Para que los juegos cooperativos cumplan su función pedagógica, es fundamental el rol activo del docente como mediador del proceso. En primer lugar, debe seleccionar actividades adecuadas al nivel de desarrollo de los estudiantes y a las características del grupo. Además, es necesario explicar las reglas con claridad, fomentar la participación equitativa y promover la reflexión final sobre lo vivido. También es importante estar

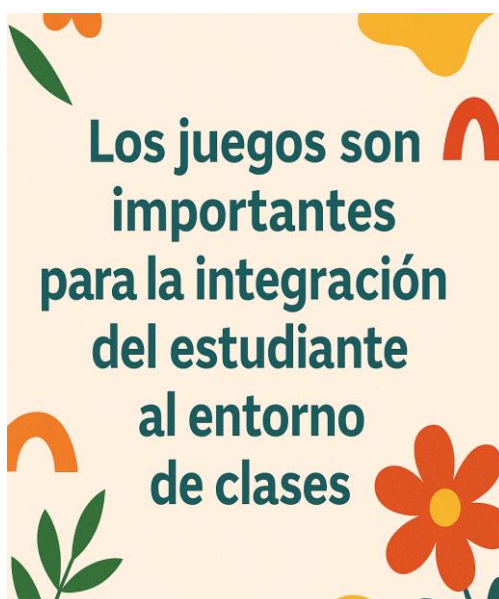
atento a posibles conflictos o exclusiones para intervenir de forma constructiva. El docente no solo coordina el juego, sino que orienta a los niños en la construcción de aprendizajes socioemocionales. Asimismo, puede integrar los juegos en proyectos de aula, rutinas diarias o momentos de transición.



5. Juegos cooperativos como base para una cultura de paz

Finalmente, incorporar juegos cooperativos de manera sistemática en el ámbito escolar contribuye a construir una cultura de paz desde la infancia. A través de estas dinámicas, los niños aprenden a dialogar, compartir, respetar turnos y resolver diferencias sin recurrir a la violencia. Además, se fortalecen valores como la tolerancia, la solidaridad y la corresponsabilidad, esenciales para una convivencia armónica. Por otro lado, cuando los juegos se integran como parte del currículo, dejan de ser actividades ocasionales y se transforman en estrategias pedagógicas sostenidas. Así, se promueve una escuela más humana, inclusiva y emocionalmente segura. En suma, jugar juntos también es aprender a convivir con empatía y respeto (Gutiérrez & Granda, 2024).

Los juegos son importantes para la integración del estudiante al entorno de clases



Unidad 8: ¿Que representa el juego e la convivencia escolar positiva?

El juego representa un pilar fundamental para construir una convivencia escolar positiva, ya que favorece la interacción respetuosa y espontánea entre los estudiantes. A través del juego, los niños aprenden a comunicarse, a compartir y a resolver conflictos sin violencia, lo que fortalece los lazos afectivos. Por consiguiente, se generan relaciones más cercanas, solidarias y comprensivas dentro del aula. Además, el juego permite que todos los estudiantes participen desde sus propias habilidades, sin sentirse excluidos o juzgados. Esto crea un ambiente emocionalmente seguro que favorece el aprendizaje. En ese sentido, el juego se convierte en una herramienta poderosa para cultivar la empatía. Además, el juego representa una vía para el reconocimiento mutuo entre los estudiantes, ya que en él se revelan emociones, fortalezas y formas de pensar diversas. Mediante esta interacción, los niños y niñas desarrollan una comprensión más profunda de sus compañeros, lo que contribuye a una cultura de aceptación y respeto. Por ello, el juego se transforma en un escenario donde las diferencias son bienvenidas y valoradas. También permite a los docentes observar y acompañar procesos emocionales y sociales que no siempre se evidencian en actividades académicas formales. Así, el juego funciona como un puente entre el mundo interior de los niños y su realidad escolar.

Asimismo, el juego estimula la autorregulación emocional, ya que en él los niños experimentan alegría, frustración, sorpresa y otras emociones que deben aprender a gestionar. En cada turno, en cada dinámica, surgen oportunidades para practicar el control de impulsos, la paciencia y la tolerancia. Esta práctica repetida favorece el desarrollo de habilidades que luego se trasladan a otros contextos escolares. Por otro lado, el juego permite ensayar roles sociales, como el liderazgo, la cooperación o la empatía, en un entorno simbólico y sin consecuencias negativas. De esta manera, los estudiantes fortalecen su competencia para convivir de manera armónica. Por ende, jugar no es solo divertirse, sino también aprender a convivir con uno mismo y con los demás.

También es importante reconocer que el juego representa una forma de inclusión activa, ya que elimina jerarquías y abre espacios de igualdad entre los participantes. En el juego, todos tienen derecho a intervenir, proponer y ser escuchados, lo que promueve la participación democrática desde la infancia. Además, el placer que genera jugar favorece la motivación para asistir a la escuela y vincularse con sus compañeros. Incluso los estudiantes con dificultades de adaptación encuentran en el juego una forma de integrarse al grupo. Por esta razón, el juego fortalece el sentido de pertenencia y cohesión social. En consecuencia, una escuela que valora el juego es una escuela que cuida la convivencia y la salud emocional de su comunidad educativa.

Por último, el juego representa una herramienta pedagógica que, al ser guiada intencionadamente por los docentes, potencia la convivencia desde la reflexión y la creatividad. Cuando se proponen juegos cooperativos o dinámicas simbólicas, se abren espacios para dialogar sobre normas, valores y emociones. De este modo, se facilita la construcción de acuerdos y la resolución pacífica de los conflictos. Además, el juego estimula la imaginación y el pensamiento crítico, habilidades que también fortalecen la convivencia escolar. Al integrar el juego en las prácticas educativas diarias, se consolida una visión integral del desarrollo infantil (Gutiérrez & Granda, 2024).

1. El juego como lenguaje de interacción social

El juego es un lenguaje natural mediante el cual los niños se comunican, negocian reglas, comparten roles y establecen vínculos afectivos. Gracias a esta forma de interacción lúdica, se facilita el desarrollo de habilidades sociales fundamentales para la convivencia escolar. Además, permite que los estudiantes se expresen con espontaneidad, favoreciendo relaciones más empáticas y respetuosas. A través de estas dinámicas, los vínculos se fortalecen, generando un ambiente de confianza. Por tanto, el juego constituye una vía directa para aprender a convivir con otros. De esta forma, el acto de jugar se convierte en una herramienta educativa poderosa y significativa.



2. El juego como espacio de inclusión y equidad

En el juego todos los estudiantes tienen la oportunidad de participar sin importar sus capacidades, ritmos o contextos. Esta característica lo convierte en un recurso inclusivo que nivela las posibilidades de interacción. De hecho, el juego no discrimina, sino que promueve la integración activa de todos los miembros del grupo. Al respetar las diferencias y fomentar la colaboración, se fortalece el sentido de pertenencia. Asimismo, se reducen las barreras sociales, culturales y emocionales dentro del aula. Por tanto, el juego refuerza los principios de equidad y justicia escolar. Así, la inclusión se vive desde la práctica cotidiana.



3. El juego como promotor de la empatía

Durante el juego, los niños asumen roles, comprenden emociones y enfrentan situaciones que requieren ponerse en el lugar del otro. Esta experiencia fortalece la capacidad de empatizar, lo que resulta fundamental para una convivencia armónica. A través de la empatía, se reduce la posibilidad de conflictos y se mejora la calidad del trato entre compañeros. Además, los juegos simbólicos permiten representar situaciones reales que estimulan la comprensión emocional. En consecuencia, el desarrollo de la empatía se convierte en un aprendizaje clave dentro del entorno escolar. Así, el juego actúa como facilitador de relaciones más humanas y comprensivas.



4. El juego como estrategia para resolver conflictos

El juego brinda escenarios controlados donde los niños experimentan desacuerdos, pérdidas o desafíos, lo que les permite desarrollar estrategias para resolverlos. En lugar de castigar el error, el juego lo convierte en una oportunidad para aprender de manera segura. De esta manera, se fortalece la autorregulación emocional y la toma de decisiones responsables. Asimismo, el juego grupal estimula el diálogo, la cooperación y el respeto por las reglas comunes. Todo esto contribuye a prevenir y gestionar los conflictos escolares desde la práctica lúdica. Así, se promueve una cultura de paz desde la infancia.



5. El juego como medio para fortalecer la autoestima

Cuando los niños juegan, se sienten competentes, creativos y valorados, lo que impacta directamente en su autoestima. La experiencia lúdica les permite experimentar logros, superar retos y sentirse reconocidos por sus compañeros. Esta vivencia de éxito refuerza la confianza en sí mismos y su disposición a participar en la vida escolar. Además, el error en el juego no es motivo de exclusión, sino parte del proceso, lo que favorece un aprendizaje libre de miedo. Por consiguiente, los niños con buena autoestima tienden a establecer relaciones más positivas. (Isaza & Herrera, 2022).

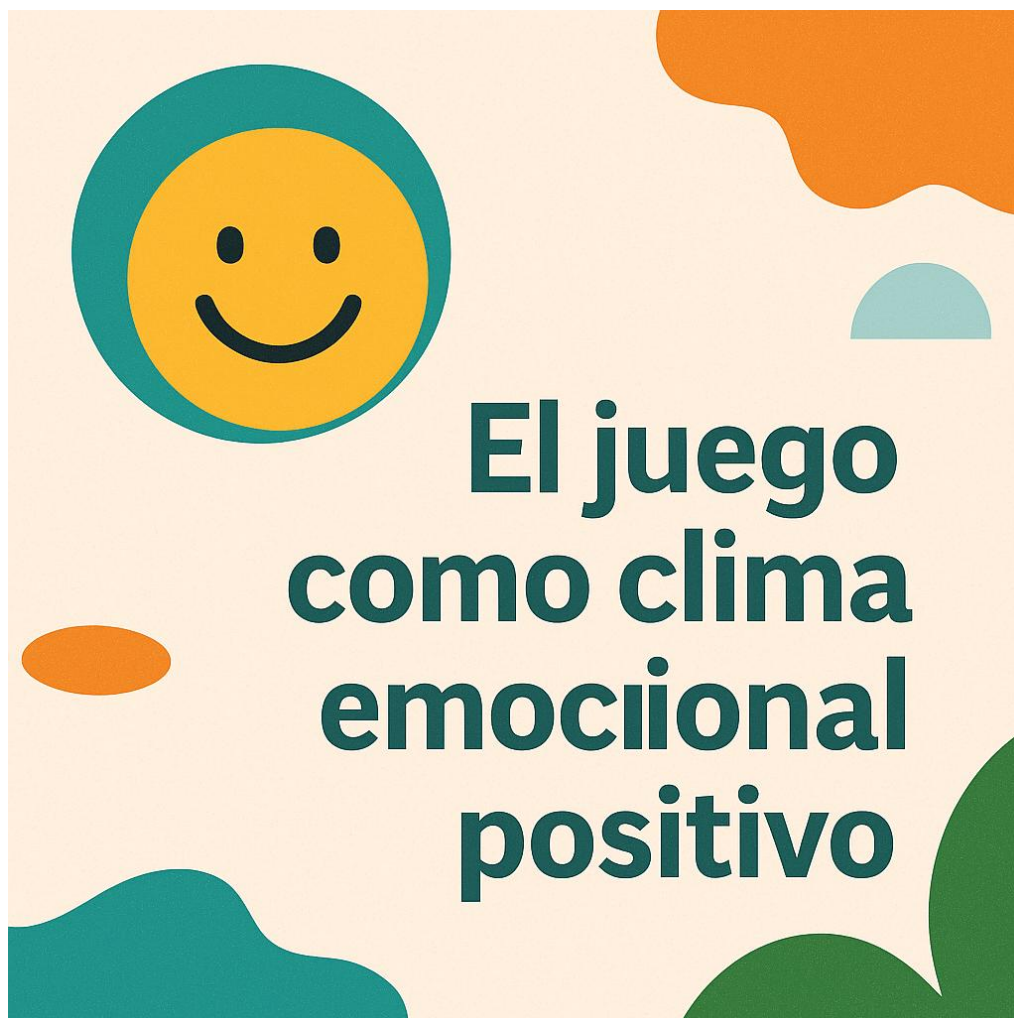


6. El juego como generador de normas y valores

A través del juego, los niños aprenden a respetar reglas, a esperar turnos y a actuar con honestidad, reforzando así los valores necesarios para la convivencia. Estos aprendizajes no se imponen, sino que emergen de la necesidad de jugar en armonía con los demás. Además, el juego permite vivenciar la justicia, la cooperación y la solidaridad de manera práctica y significativa. Así, los valores no se transmiten solo desde el discurso, sino desde la acción compartida.

encuentran formas saludables de liberar tensiones acumuladas. Esto no solo mejora el autocontrol emocional, sino que también reduce los episodios de comportamiento disruptivo. De esta forma, el aula se transforma en un espacio seguro, donde las emociones pueden ser reconocidas, expresadas y reguladas adecuadamente mediante experiencias significativas.

Finalmente, cuando se promueve una visión institucional que integra el juego como parte del proyecto educativo, se fortalece el compromiso de toda la comunidad escolar con el bienestar emocional. No se trata solo de momentos aislados, sino de construir una filosofía educativa centrada en el desarrollo integral del estudiante. Esto implica repensar los espacios, tiempos y metodologías para que el juego tenga un lugar legítimo y constante. En ese marco, el juego deja de ser un “recreo” para convertirse en una estrategia esencial de convivencia, aprendizaje y salud emocional colectiva.



UNIDAD 9: Juegos que favorecen la convivencia escolar positiva para construir aulas inclusivas y empáticas para los niños.

La telaraña de la amistad es un juego en el que los estudiantes, formando un círculo, se lanzan una madeja de lana entre sí mientras mencionan una cualidad o gesto positivo del compañero a quien le lanzan. Este juego refuerza los lazos afectivos, el reconocimiento mutuo y la inclusión.

LA TELARAÑA DE DE AMISTAD



es un juego en el que los estudiantes, formando un círculo, se lanzan una madeja de lana entre si mientras mencionan una cualidad o gesto positivo del compañero a quien le lanzan. Este juego refuerza los lazos afectivos, el reconocimiento mutuo y la inclusión.

Ponte en mis zapatos consiste en dramatizar situaciones donde uno o varios niños representan roles con realidades diferentes, como tener una discapacidad o enfrentar la timidez. Esto permite desarrollar empatía, comprensión y respeto por las diferencias individuales (Miranda et al., 2022)

PONTE EN MIS ZAPATOS

Dramatizando situaciones con realidades diferentes



La isla cooperativa se juega delimitando un espacio con cuerdas o papel periódico, el cual se va reduciendo progresivamente. Los niños deben reorganizarse para que todos entren sin quedar excluidos, promoviendo la cooperación, la solidaridad y la toma de decisiones compartidas.



El dado de las emociones se utiliza para que los niños, al lanzar un dado con imágenes de emociones básicas, compartan una experiencia relacionada con esa emoción. Este

juego fortalece la expresión emocional, la autorregulación y el entendimiento afectivo (Mori et al., 2024)

EL DADO DE LAS EMOCIONES



El dado de las emociones se utiliza para que los niños, al lanzar un dado con imágenes de emociones básicas, compartan una experiencia relacionada con esa emoción.

- ✓ Fortalece la expresión emocional
- ✓ La autorregulación
- ✓ El entendimiento afectivo



El guía vendado es una dinámica por parejas donde uno de los niños se cubre los ojos y el otro lo guía por un pequeño recorrido. Este ejercicio favorece la confianza, el cuidado mutuo y la comunicación efectiva entre compañeros.

EL GUÍA VENDADO

Es una dinámica por parejas donde uno de los niños se cubre los ojos y el otro lo guía por un pequeño recorrido.



confianza



cuidad mutuo



comunicación

Cadena de favores invita a los niños a realizar acciones solidarias entre sí, como prestar un material, ayudar en una tarea o dar una palabra de aliento. Cada acto positivo debe ser replicado por el niño que lo recibió, generando una red de bienestar y empatía (Mori et al., 2024)

CADENA DE FAVORES

Invita a los niños a realizar acciones solidarias entre sí, como prestar un material, ayudar en una tarea o dar una palabra de aliento. Cada acto positivo debe ser replicado por el niño que lo recibió, generando una red de bienestar y empatía.



El cuento compartido es una actividad de narración colectiva en la que cada estudiante aporta una frase o parte de una historia. Fomenta la escucha activa, el respeto por la participación de todos y la creatividad en un ambiente colaborativo.

El cuento compartido



Unidad 10: Estrategias prácticas en la convivencia escolar positiva

Una estrategia práctica esencial para fomentar la convivencia escolar positiva es la implementación de rutinas afectivas diarias. Por ejemplo, comenzar la jornada con saludos, canciones o círculos de la palabra permite establecer un ambiente emocionalmente seguro. Estas acciones cotidianas, aunque simples, promueven la confianza, la empatía y la conexión grupal. Además, generan una sensación de estabilidad y pertenencia entre los estudiantes. Cuando se instauran con constancia, dichas rutinas fortalecen el sentido de comunidad. A través de ellas, los niños aprenden a respetar turnos, a escuchar y a expresar emociones de manera respetuosa. Por tanto, estas prácticas son pilares que sostienen la armonía escolar (Mori et al., 2024)

Otra estrategia efectiva consiste en promover espacios de diálogo y resolución pacífica de conflictos. Estos espacios deben estar diseñados para que los estudiantes puedan expresar sus sentimientos, necesidades y desacuerdos sin temor a ser juzgados. Además, al utilizar técnicas como la mediación o el “buzón del diálogo”, se estimula la responsabilidad emocional. Así, los conflictos dejan de ser vistos como problemas y se transforman en oportunidades de aprendizaje. Es importante que el adulto actúe como facilitador, modelando la escucha activa y la empatía. De esta manera, los estudiantes comprenden que convivir implica aceptar diferencias y buscar acuerdos.

Asimismo, el trabajo cooperativo en el aula es una estrategia que favorece la interacción positiva entre los estudiantes. A través de proyectos grupales, juegos colaborativos y actividades por equipos, se fortalece la solidaridad, el respeto y la corresponsabilidad. Además, los estudiantes aprenden a valorar el aporte del otro, a resolver diferencias y a construir metas comunes. Esta experiencia compartida fomenta el aprendizaje social y emocional. También permite visibilizar talentos diversos y construir un ambiente inclusivo.

Del mismo modo, la incorporación de juegos con propósito educativo en la rutina escolar resulta clave para fortalecer la convivencia. Los juegos simbólicos, de rol o en grupo permiten desarrollar habilidades socioemocionales como la empatía, la autorregulación y la resolución de conflictos. Además, el juego facilita la inclusión, ya que permite que todos participen desde sus propias capacidades. Cuando se juega en un ambiente guiado por el respeto, se crean vínculos auténticos entre los estudiantes. A través del juego, también se aprenden normas y valores de manera vivencial. Por ende, no se trata solo de recrearse, sino de educar en el convivir.

Una estrategia complementaria y transformadora es el reconocimiento positivo del comportamiento prosocial. Cuando los docentes destacan las acciones empáticas, colaborativas o solidarias de los estudiantes —por medio de elogios sinceros, murales del

buen trato o diplomas simbólicos— se refuerzan las conductas deseadas. Esta práctica fortalece la autoestima, incentiva la repetición de comportamientos positivos y construye una cultura del reconocimiento y el aprecio. Al centrarse en lo que los estudiantes hacen bien, se genera un clima de motivación intrínseca, confianza y respeto mutuo que permea toda la dinámica escolar (Mori et al., 2024)

Otro recurso valioso es la participación activa de las familias en las iniciativas de convivencia. Talleres, jornadas de integración y actividades colaborativas entre escuela y hogar permiten consolidar un mensaje coherente sobre el valor del respeto y la buena convivencia. Además, este vínculo cercano fortalece el acompañamiento emocional de los estudiantes, quienes se sienten respaldados por una red sólida. La familia, cuando es incluida como aliada del proceso educativo, contribuye no solo al bienestar individual del niño o niña, sino también al fortalecimiento de una comunidad escolar comprometida y corresponsable.

Por último, es fundamental incorporar la educación emocional de manera transversal en todas las áreas del currículo. Asignaturas como Lengua, Ciencias o Matemáticas pueden convertirse en escenarios para trabajar habilidades como la empatía, la resiliencia o la comunicación asertiva. A través de lecturas, debates, análisis de casos o actividades reflexivas, se pueden abordar conflictos, emociones y relaciones interpersonales desde una mirada crítica y constructiva. Educar en la convivencia no debe limitarse a momentos aislados, sino formar parte de un enfoque pedagógico integral que prepare a los estudiantes para vivir y construir entornos sociales más humanos, justos y pacíficos.

prácticas en la convivencia escolar positiva

Una estrategia práctica esencial para fomentar la convivencia escolar positiva es la implementación de rutinas afectivas diarias.



Cinco estrategias prácticas clave para fortalecer la convivencia escolar positiva:

1. Asambleas escolares participativas

Una de las estrategias más efectivas para fomentar la convivencia escolar positiva es la realización de asambleas participativas. En estos espacios, los estudiantes pueden expresar sus ideas, proponer soluciones y tomar decisiones colectivas. Esta práctica promueve la responsabilidad compartida y refuerza la cultura democrática en la comunidad educativa. Además, se construye un clima de respeto y escucha activa, lo que fortalece los vínculos interpersonales. Cuando los estudiantes sienten que su voz es valorada, aumenta su sentido de pertenencia. Por tanto, las asambleas escolares se convierten en un medio para prevenir conflictos y promover acuerdos (Ochoa et al., 2021)

ASAMBLEAS ESCOLARES PARTICIPATIVAS

Una de las estrategias más efectivas para fomentar la convivencia escolar positiva es la realización de asambleas participativas



2. Juegos cooperativos y dinámicas socioemocionales

Integrar juegos cooperativos y actividades socioemocionales en la jornada escolar es esencial para fortalecer la convivencia positiva. Estas dinámicas fomentan la empatía, la solidaridad y el trabajo en equipo entre los estudiantes. A través del juego, se desarrollan habilidades para resolver conflictos, expresar emociones y construir relaciones respetuosas. Además, estas actividades permiten identificar y prevenir conductas excluyentes o agresivas. Cuando se promueve la cooperación por encima de la competencia, se estimula un clima más armonioso. Asimismo, los estudiantes aprenden a valorar la diversidad y a convivir desde el respeto. Por consiguiente, el juego no es solo una herramienta recreativa, sino también educativa y formativa.

JUEGOS COOPERATIVOS Y DINÁMICAS SOCIOEMOCIONALES

Integrar juegos cooperativos y actividades socioemocionales en la jornada escolar es esencial para fortalecer la convivencia positiva.



3. Mediación escolar para resolver conflictos

La mediación escolar es una estrategia que permite abordar los conflictos de forma constructiva y pacífica. Consiste en formar a estudiantes o docentes como mediadores, quienes intervienen para facilitar el diálogo entre las partes en conflicto. Esta práctica evita el uso de sanciones punitivas y promueve la reparación del daño mediante el acuerdo voluntario. Además, enseña a los estudiantes a asumir la responsabilidad de sus actos y a reconocer las emociones implicadas. La mediación fortalece la autonomía moral y el pensamiento crítico (Ochoa et al., 2021)

Por ende, la mediación escolar se convierte en una herramienta pedagógica que transforma los conflictos en oportunidades de aprendizaje social y emocional. A través de este proceso, los estudiantes no solo encuentran soluciones a sus desacuerdos, sino que también desarrollan habilidades clave como la escucha activa, la empatía y la argumentación respetuosa. Al fomentar espacios de diálogo seguros, se promueve una

cultura escolar más justa, inclusiva y participativa, donde cada voz es valorada y los problemas se enfrentan desde el entendimiento mutuo y la corresponsabilidad.

Mediación escolar para resolver conflictos



La mediación escolar es una estrategia que permite abordar los conflictos de forma constructiva y pacífica.

4. Normas de convivencia construidas colectivamente

El establecimiento de normas de convivencia consensuadas con los estudiantes es una estrategia clave para generar compromiso y respeto. Cuando los niños y jóvenes participan en la creación de reglas, las perciben como legítimas y son más propensos a cumplirlas. Además, este proceso promueve la reflexión sobre los valores que guían la vida escolar, como la equidad, la solidaridad y la tolerancia. Las normas no deben ser impuestas de manera autoritaria, sino producto del diálogo y del acuerdo. Así se fortalece la cultura democrática dentro del aula y se previene la imposición unilateral.

NORMAS DE CONVIVENCIA CONSTRUIDAS COLECTIVAMENTE

El establecimiento de normas de convivencia consensuadas con los estudiantes es una estrategia clave para generar compromiso y respeto. *



5. Modelado docente como referente de convivencia

El rol del docente como modelo de convivencia es fundamental para que los estudiantes internalicen comportamientos positivos. Cuando los educadores practican la empatía, la escucha activa y la gestión respetuosa del conflicto, los alumnos aprenden mediante el ejemplo. No basta con enseñar normas si no se viven en la práctica diaria. Además, el docente debe promover un clima afectivo donde cada estudiante se sienta valorado y seguro. Esta actitud favorece relaciones de confianza y respeto mutuo. Asimismo, se refuerza la autoridad ética del adulto, basada en la coherencia y no en el temor (Ochoa et al., 2021)

Modelado docente como referente de convivencia

El rol del docente como modelo de convivencia es fundamental para que los estudiantes internalicen comportamientos positivos.



Tabla 5: Estrategias prácticas para la convivencia escolar positiva

Estrategia Práctica	Descripción	Resultado Esperado
1. Rutinas afectivas diarias	Saludos, canciones, círculos de la palabra y gestos positivos al iniciar o cerrar la jornada escolar.	Fortalecen vínculos, generan seguridad emocional y favorecen el sentido de pertenencia.
2. Espacios de diálogo y mediación	Creación de momentos específicos para expresar emociones, resolver conflictos y	Se desarrollan habilidades comunicativas, empatía y

	buscar acuerdos con acompañamiento docente.	resolución pacífica de conflictos.
3. Trabajo cooperativo en el aula	Actividades en grupo, proyectos colaborativos y dinámicas que requieren cooperación entre estudiantes.	Se fomenta la solidaridad, la corresponsabilidad y el respeto a la diversidad.
4. Juegos con propósito educativo	Uso de juegos simbólicos, de roles o grupales para trabajar valores, emociones y habilidades sociales.	Se refuerza la inclusión, la autorregulación emocional y el aprendizaje significativo.
5. Construcción colectiva de normas de convivencia	Elaboración participativa de reglas y acuerdos de comportamiento entre docentes y estudiantes.	Aumenta el compromiso con las normas, promueve el respeto mutuo y la justicia.
6. Modelado docente coherente	Práctica intencional de la empatía, escucha activa y gestión de conflictos por parte del personal educativo.	Los estudiantes interiorizan valores y comportamientos positivos mediante el ejemplo.
7. Clima institucional positivo	Alineación entre prácticas institucionales, valores declarados y relaciones humanas dentro de la escuela.	Se consolida una cultura de convivencia respetuosa, coherente y sostenible a largo plazo.

Unidad 11: Convivencia escolar positiva estrategias para construir aulas inclusivas de aprendizaje y empáticas de la niñez

La convivencia escolar positiva implica comprender que el aula no es solo un espacio de transmisión de conocimientos, sino un entorno vivo donde se forjan relaciones humanas fundamentales para el desarrollo integral de la niñez. En este sentido, educar va más allá de enseñar contenidos académicos: significa cultivar habilidades sociales, valores democráticos y actitudes empáticas. La convivencia no se impone, se aprende y se practica a diario a través del ejemplo, del diálogo y del respeto. De ahí que el clima emocional del aula influya directamente en el bienestar y el aprendizaje de los estudiantes (Pacheco et al., 2023)

A su vez, la infancia es una etapa sensible, en la que las experiencias emocionales y sociales dejan huellas profundas. Por eso, un ambiente escolar que prioriza la inclusión, la escucha activa y la resolución pacífica de conflictos contribuye no solo a prevenir la violencia, sino a formar ciudadanos más conscientes y respetuosos. Las aulas inclusivas y empáticas no se construyen con normas rígidas, sino con vínculos de confianza, participación significativa y reconocimiento de las diferencias. En consecuencia, fortalecer la convivencia escolar no es una tarea secundaria, sino parte esencial de la calidad educativa.



La convivencia escolar positiva



Recomendaciones

Tabla 6: Fomentar rutinas afectivas y cooperativas:

Subtema	Descripción	Ejemplos de aplicación	Beneficios principales
1. Establecimiento de rutinas afectivas diarias	Implementar actividades breves y repetitivas que fortalezcan el vínculo emocional entre docentes y estudiantes, generando un ambiente de seguridad y acogida desde el inicio hasta el final de la jornada escolar.	Saludo personalizado, ronda de emociones, meditación guiada, agradecimientos al finalizar la jornada	Mejora del clima emocional, prevención de conflictos, fortalecimiento del sentido de pertenencia y bienestar general

2. Fomento de la cooperación mediante dinámicas grupales	Diseñar e integrar actividades en las que los estudiantes trabajen juntos, compartan responsabilidades y aprendan a convivir colaborativamente, desarrollando habilidades sociales y comunicativas en un marco de respeto y corresponsabilidad.	Proyectos en grupo, juegos cooperativos, roles rotativos, actividades de resolución de problemas en equipo	Fomento de la empatía, cohesión social, trabajo en equipo, sentido de corresponsabilidad y convivencia positiva
---	---	--	---

Fomentar rutinas afectivas y cooperativas:

Es recomendable iniciar y cerrar cada jornada escolar con actividades breves que fortalezcan la conexión emocional, como rondas de saludo, círculos de la palabra o juegos colaborativos. Estas rutinas generan seguridad emocional, promueven el sentido de pertenencia y mejoran la disposición al aprendizaje (Rodríguez, 2021).



Promover la participación infantil: Es fundamental dar voz a los niños en las decisiones cotidianas del aula, como la construcción de normas, la organización de actividades o la resolución de problemas. La participación fortalece la autoestima, enseña responsabilidad y construye una convivencia basada en la justicia y la corresponsabilidad.

PROMOVER LA PARTICIPACIÓN INFANTIL



Es fundamental dar voz a los niños en las decisiones cotidianas del aula.

Incluir la educación emocional como eje transversal:

Incorporar estrategias para el desarrollo de la autoconciencia, la empatía y la autorregulación emocional debe ser parte del currículo. Dinámicas como dramatizaciones, cuentos o juegos simbólicos ayudan a los niños a comprender sus emociones y las de los demás (Román & Risoto, 2022).

Incluir la educación emocional como eje transversal:

Incorporar estrategias para el desarrollo de la autoconciencia, la empatía y la autorregulación emocional debe ser parte del currículo.



Formación docente continua:

Se recomienda capacitar a los docentes en enfoques inclusivos, manejo de aula positiva, mediación escolar y atención a la diversidad. Un docente emocionalmente competente y empático puede generar un entorno más comprensivo, seguro y motivador para todos.

Se recomienda capacitar a los docentes en enfoques inclusivos, manejo de aula positiva, mediación escolar y atención a la diversidad.



Establecer redes de apoyo y corresponsabilidad:

Finalmente, es clave trabajar de manera articulada con las familias y otros actores educativos para mantener la coherencia entre el hogar y la escuela. La convivencia

positiva es una construcción colectiva, y su sostenibilidad depende del compromiso y colaboración entre todos los miembros de la comunidad educativa.

Establecer redes de apoyo y corresponsabilidad

Finalmente, es clave trabajar de manera articulada con las familias y otros actores educativos para mantener la coherencia entre el hogar y la escuela.



UNIDAD 12: La educación ambiental como base para la convivencia escolar positiva

Conexión emocional con la naturaleza para fortalecer la empatía escolar

La relación afectiva con el entorno natural permite desarrollar en los estudiantes una sensibilidad que trasciende el aula. Cuando se propician experiencias directas con la naturaleza —como huertos escolares, salidas al aire libre o cuidado de plantas— se fomenta la capacidad de observar, respetar y cuidar. Esta conexión despierta emociones positivas como la admiración y la ternura, que luego se transfieren a las relaciones humanas. Así, la empatía ecológica se convierte en una vía para cultivar la empatía social (Seijo et al., 2022)

Además, al involucrarse con seres vivos no humanos, los estudiantes aprenden que toda forma de vida merece respeto. Este aprendizaje contribuye a construir un sentido de responsabilidad compartida por el bienestar común. De esta manera, la escuela deja de ser un espacio cerrado para convertirse en un laboratorio vivencial de valores y actitudes prosociales. El contacto con la naturaleza favorece también la autorregulación emocional, disminuyendo el estrés y promoviendo la serenidad.

Por tanto, la inclusión de prácticas ecológicas en la vida escolar tiene efectos directos en la convivencia. La calma, el respeto y la contemplación que se generan en entornos verdes pueden traducirse en relaciones más armónicas dentro del aula. Asimismo, actividades como el riego de plantas o la limpieza de espacios comunes permiten reforzar la cooperación y la corresponsabilidad. Así, la educación ambiental se convierte en una herramienta potente para formar comunidades escolares más sensibles y cohesionadas.



Proyectos colaborativos ambientales como estrategia de convivencia

El desarrollo de proyectos ambientales en grupo —como campañas de reciclaje, murales ecológicos o limpiezas comunitarias— fomenta el sentido de pertenencia y la cohesión entre los estudiantes. Estas actividades implican organización, planificación y toma de decisiones compartida, lo que favorece el trabajo en equipo. Además, permiten a los alumnos ver los resultados de sus acciones de forma tangible, lo que incrementa la motivación y el orgullo colectivo.

Durante estos proyectos, los estudiantes aprenden a resolver conflictos, repartir tareas de forma justa y valorar el aporte de los demás. Se generan espacios donde los desacuerdos pueden transformarse en oportunidades para dialogar y llegar a consensos. De esta manera, se desarrollan habilidades para la convivencia democrática y la resolución pacífica de problemas. Además, estos proyectos permiten incluir a todos los estudiantes, respetando diferentes capacidades y estilos de aprendizaje.

A largo plazo, los proyectos colaborativos ambientales refuerzan la identidad del grupo y fomentan el compromiso con el cuidado de los demás y del planeta. Este doble enfoque —ecológico y relacional— fortalece la ciudadanía activa y la solidaridad. En consecuencia, las aulas se transforman en comunidades que no solo aprenden juntas, sino que actúan juntas por un bien común. Así, la conciencia ambiental se convierte en una herramienta educativa para la construcción de vínculos saludables.

Ecoética escolar: normas compartidas para una convivencia sostenible

Incorporar normas de convivencia con enfoque ambiental permite ampliar el sentido de la responsabilidad escolar hacia el entorno natural. Estas normas —como reducir el uso de papel, mantener el orden en los espacios verdes o separar residuos— promueven la conciencia ecológica y refuerzan valores como la cooperación y la corresponsabilidad. Al construirlas de forma participativa, los estudiantes sienten que forman parte activa del cuidado del entorno.

Además, el respeto por la naturaleza y los espacios comunes se convierte en una extensión del respeto por los otros. Cuando se entienden las normas no como imposiciones, sino como acuerdos colectivos que benefician a todos, se fortalece el sentido de justicia y equidad. Estas prácticas generan un clima escolar donde la convivencia positiva no se limita a las relaciones humanas, sino que se proyecta hacia el ecosistema escolar en su conjunto.

Por otro lado, los acuerdos ecológicos permiten trabajar la autorregulación y el autocuidado. Aprender a cerrar una llave de agua, apagar luces o reutilizar materiales desarrolla en los estudiantes la capacidad de anticiparse a los efectos de sus actos. Así, se integran de manera transversal la conciencia ambiental y la convivencia armónica. En

este contexto, la ecoética escolar se consolida como un eje formativo que guía conductas conscientes, respetuosas y solidarias.



Educación ambiental y bienestar emocional en el contexto escolar

Diversos estudios señalan que el contacto con la naturaleza tiene un impacto positivo en el bienestar emocional, especialmente en niños y adolescentes. En contextos educativos, esta relación puede aprovecharse para fortalecer la salud mental y prevenir conflictos. Las actividades al aire libre, los jardines escolares o los rincones verdes en las aulas promueven la relajación, reducen la ansiedad y estimulan el pensamiento creativo.

Este bienestar emocional se traduce en una mejora del clima escolar. Estudiantes más tranquilos, motivados y con menor carga emocional negativa tienen mayor disposición para relacionarse de manera respetuosa. Por tanto, la educación ambiental no solo forma en sostenibilidad, sino que también actúa como regulador afectivo. Asimismo, estas prácticas fortalecen la concentración, la empatía y la apertura emocional, pilares esenciales para una convivencia saludable. Por último, incluir la naturaleza en la vida cotidiana de la escuela humaniza el proceso educativo. Frente a un entorno muchas veces saturado de estímulos digitales, la experiencia ecológica permite reencontrarse con el ritmo natural, la contemplación y la conexión con el entorno. Esta perspectiva transforma la escuela en un espacio más amable, cercano y vital. En definitiva, una educación ambiental sensible y bien estructurada puede ser el puente hacia una convivencia escolar más armónica, consciente y empática.

Incorporar prácticas ambientales en el aula no solo genera conciencia ecológica, sino que también ofrece a los estudiantes la posibilidad de expresar sus emociones a través de medios naturales. Actividades como la siembra, la observación del crecimiento de una

planta o el cuidado de animales pequeños fortalecen el sentido de responsabilidad y conexión con la vida. Esta interacción directa con el entorno vivo permite canalizar emociones como la tristeza, la frustración o la alegría de manera saludable. Así, la educación ambiental se convierte en una vía para la educación emocional. Los niños desarrollan paciencia, tolerancia a la espera y valoración del proceso, lo que influye positivamente en su regulación emocional (Zych, 2022)

Asimismo, el contacto cotidiano con espacios verdes promueve un tipo de aprendizaje sensorial que estimula la calma mental y la conexión corporal con el presente. Caminar descalzos sobre el césped, escuchar sonidos de la naturaleza o simplemente contemplar el cielo son experiencias que disminuyen la sobrecarga sensorial provocada por el entorno digital. Estas vivencias contribuyen a mejorar la calidad del sueño, reducir la hiperactividad y favorecer estados de ánimo más estables. En el entorno escolar, esto se traduce en estudiantes más atentos, empáticos y con menor propensión a las conductas disruptivas. Además, el desarrollo de huertos escolares no solo enseña contenidos científicos y nutricionales, sino que también permite establecer redes de cooperación entre compañeros. Cuando un grupo de estudiantes trabaja conjuntamente para sembrar, regar y cosechar, se generan dinámicas de diálogo, negociación y empatía. Cada paso del proceso requiere atención y compromiso colectivo, lo que fortalece la conciencia del trabajo colaborativo. Así, se promueve un clima de aula donde se valora el esfuerzo común y se reducen los comportamientos individualistas o competitivos. El huerto se convierte, entonces, en un espacio de encuentro emocional y social.

Por otro lado, los proyectos de reciclaje y reutilización también contribuyen al bienestar emocional, ya que permiten a los estudiantes ver el impacto positivo de sus acciones. La satisfacción de transformar materiales usados en objetos útiles o creativos refuerza la autoestima y el sentido de agencia personal. Además, estas actividades estimulan la creatividad y el pensamiento divergente, lo que tiene un efecto terapéutico en niños con dificultades emocionales. En lugar de desechar, se aprende a resignificar y dar nuevas oportunidades, lo cual constituye una poderosa metáfora para la convivencia humana.

La implementación de rincones verdes dentro del aula también tiene un efecto calmante en la dinámica escolar. Un espacio con plantas, luz natural y elementos naturales como piedras o maderas puede convertirse en un refugio emocional para los estudiantes que necesitan un momento de pausa o contención. Estos rincones no solo embellecen el aula, sino que actúan como reguladores del clima emocional. El solo hecho de observar una planta o cuidar de ella puede disminuir la tensión acumulada durante la jornada. Estos espacios, además, promueven el respeto por el entorno común y fortalecen el sentido de pertenencia al grupo.

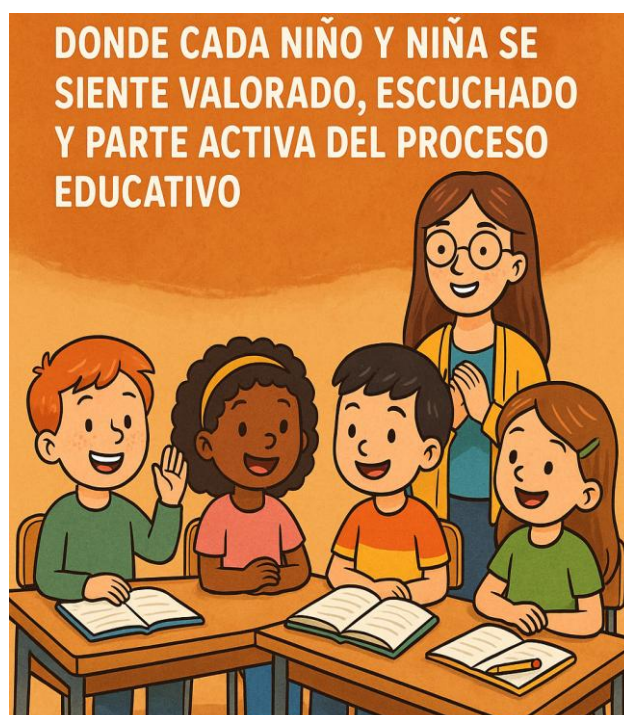
A nivel institucional, incorporar la educación ambiental en el currículo escolar implica repensar el modelo educativo desde una perspectiva más holística e integradora. No se trata únicamente de agregar una materia más, sino de transversalizar el enfoque ambiental en todas las asignaturas. Por ejemplo, en Lengua se pueden leer cuentos ecológicos, en Matemáticas calcular la huella hídrica, y en Ciencias analizar los efectos del cambio climático en el bienestar humano. Esta integración favorece una comprensión global de la realidad y un aprendizaje con sentido. Así, se vinculan la protección del entorno y el cuidado mutuo. También es fundamental capacitar al personal docente en estrategias de educación ambiental con enfoque emocional. Muchos educadores no cuentan con herramientas para diseñar experiencias ecológicas significativas o no reconocen su impacto emocional. Por ello, es necesario incluir en la formación docente inicial y continua contenidos relacionados con ecopedagogía, neurociencia y bienestar escolar. Un docente sensibilizado puede generar propuestas más auténticas, motivadoras y coherentes con los principios de una convivencia sostenible. Además, su ejemplo se convierte en un modelo poderoso para los estudiantes. Finalmente, la educación ambiental debe proyectarse hacia la comunidad, involucrando a las familias y a los actores del entorno local. Jornadas de reforestación, campañas de limpieza o ferias ecológicas pueden ser espacios donde se fortalezca la corresponsabilidad por el bienestar común. Cuando los estudiantes ven que sus acciones tienen eco en la comunidad, se sienten validados y empoderados. Esta conexión entre escuela, hogar y entorno fortalece la identidad colectiva y el sentido de propósito compartido. En este marco, la convivencia escolar se transforma en una experiencia de ciudadanía activa, ecológica y emocionalmente consciente (Zych, 2022)

Educación ambiental y bienestar emocional en el contexto escolar



CONCLUSIONES

En primer lugar, es fundamental reconocer que la convivencia escolar positiva no se limita a la ausencia de conflictos, sino que implica una construcción diaria de relaciones humanas basadas en el respeto, la empatía y la inclusión. A través de la implementación de estrategias afectivas, participativas y cooperativas, es posible crear entornos donde cada niño y niña se sienta valorado, escuchado y parte activa del proceso educativo. Por consiguiente, la escuela se convierte en un espacio protector que favorece tanto el desarrollo académico como el crecimiento personal y emocional.



Esta visión integral de la educación exige un cambio de enfoque, donde la dimensión afectiva tenga el mismo peso que la cognitiva. Para ello, se requiere adaptar las metodologías, respetar los ritmos de aprendizaje y promover relaciones horizontales entre estudiantes y docentes. En este contexto, el rol del adulto como mediador, orientador y modelo de convivencia resulta esencial. Asimismo, fomentar la escucha activa, el diálogo constante y la toma de decisiones compartidas fortalece el sentido de pertenencia y la cohesión grupal. Estos aspectos no solo previenen la discriminación, sino que construyen una cultura de paz en el aula. Por otro lado, es necesario destacar que el juego, las dinámicas socioemocionales y las rutinas afectivas son herramientas pedagógicas potentes para consolidar la convivencia positiva. Estas actividades permiten canalizar emociones, desarrollar habilidades sociales y construir vínculos auténticos entre los niños. De igual manera, contribuyen a reducir el estrés escolar, fomentar la

cooperación y potenciar el bienestar emocional. Por lo tanto, su integración planificada dentro de la jornada escolar debe ser una prioridad para toda comunidad educativa comprometida con la niñez (Zych, 2022)

De tal manera, conviene resaltar que la incorporación del juego y las dinámicas afectivas no debe considerarse un simple recurso complementario, sino una estrategia educativa esencial para favorecer un clima de aula saludable. En efecto, cuando se planifican actividades lúdicas con intención pedagógica, se promueve la participación activa de todos los estudiantes, se fortalecen las relaciones interpersonales y se construyen entornos más inclusivos y empáticos. A través del juego, los niños aprenden a respetar turnos, resolver conflictos y trabajar en equipo, lo que impacta positivamente en la convivencia. En este mismo sentido, se debe resaltar la importancia de la formación docente continua en temas como educación emocional, resolución pacífica de conflictos y atención a la diversidad. El desarrollo profesional del maestro no solo mejora su práctica pedagógica, sino que también le permite acompañar con mayor sensibilidad y eficacia a sus estudiantes. Igualmente, resulta crucial que los docentes cuenten con el respaldo institucional y el trabajo colaborativo entre colegas para construir entornos educativos emocionalmente seguros.

Así, se consolidan prácticas pedagógicas coherentes con los principios de inclusión, equidad y empatía. La convivencia escolar positiva es una responsabilidad compartida que se nutre de la participación activa y del respeto mutuo entre todos los actores educativos. En consecuencia, promover estrategias que fortalezcan la convivencia no debe entenderse como un añadido, sino como un pilar central del proyecto educativo institucional. Solo de este modo es posible garantizar una educación transformadora, donde cada niño crezca en un entorno que le brinde oportunidades reales para aprender, convivir y ser feliz.



Así pues, es necesario reconocer que la escuela es uno de los primeros espacios de socialización más allá del núcleo familiar, y por tanto, tiene un impacto profundo en la formación del carácter y la identidad de los niños. Si desde los primeros años se les enseña a convivir en armonía, resolver conflictos de manera pacífica y valorar la diversidad, se sientan las bases para una ciudadanía más solidaria y democrática. En efecto, la convivencia positiva no surge de manera espontánea, sino que requiere una planificación intencional, sostenida y transversal a toda la vida escolar.

En este sentido, promover una convivencia escolar positiva implica incorporar valores como el respeto, la tolerancia y la cooperación en cada experiencia educativa cotidiana. No se trata solo de implementar normas de comportamiento, sino de construir una cultura institucional en la que el diálogo, la empatía y el sentido de comunidad estén presentes en las relaciones entre estudiantes, docentes, directivos y familias. Esta labor requiere el compromiso de toda la comunidad educativa y el acompañamiento continuo en el desarrollo socioemocional del alumnado, entendiendo que una buena convivencia es también una condición esencial para el aprendizaje significativo.

De igual manera, construir aulas inclusivas implica romper con las prácticas homogéneas que han dominado por años la educación tradicional. En lugar de buscar que todos se adapten a un mismo patrón, es preferible generar estrategias diversificadas que reconozcan las necesidades individuales, los distintos estilos de aprendizaje y los contextos socioculturales de cada niño. Así, se promueve una pedagogía sensible, flexible y centrada en la persona. Igualmente, el respeto a la diferencia debe estar presente no solo en el currículo, sino también en las dinámicas cotidianas, los espacios de recreo y las relaciones interpersonales.

Promover los espacios recreativos.

Romper con antiguos paradigmas.



Por otra parte, no se puede dejar de lado el papel de las emociones en el proceso educativo. Las investigaciones en neuroeducación y psicología del desarrollo han demostrado que un niño que se siente seguro, aceptado y respetado tiene mayores posibilidades de aprender con entusiasmo y sentido. En este marco, la educación emocional se convierte en un aliado indispensable para prevenir situaciones de violencia, aislamiento o discriminación. A través del reconocimiento, la validación y el manejo adecuado de las emociones, los estudiantes desarrollan competencias socioemocionales que les permiten establecer vínculos positivos y resolver tensiones con madurez. Esto reafirma que el aprendizaje emocional es tan importante como el académico.

Asimismo, resulta vital generar espacios de participación auténtica, donde los niños puedan expresar sus ideas, necesidades y propuestas. Cuando los estudiantes son escuchados y tenidos en cuenta, no solo se fortalecen sus habilidades comunicativas, sino que también se refuerza su autoestima y sentido de agencia. Es por ello que la democracia escolar no debe limitarse a aspectos formales, sino reflejarse en cada interacción del aula. Las asambleas, los proyectos colaborativos y los roles rotativos son ejemplos concretos de cómo democratizar la escuela desde la infancia. En definitiva, una convivencia verdaderamente positiva se construye con participación activa y corresponsabilidad compartida.

Por último, es importante que las instituciones educativas evalúen periódicamente sus prácticas de convivencia y promuevan una mejora continua. El diseño de indicadores, la escucha de la voz estudiantil y la implementación de planes de acción son pasos necesarios para avanzar hacia una cultura institucional más inclusiva y empática. A la vez, se deben visibilizar y celebrar los logros, para motivar a la comunidad a seguir comprometida con este proceso. Solo cuando la convivencia se considera parte de la misión educativa y no como un elemento externo se convierte en una fuerza transformadora.

Visibilizarían y celebración de logros estudiantiles

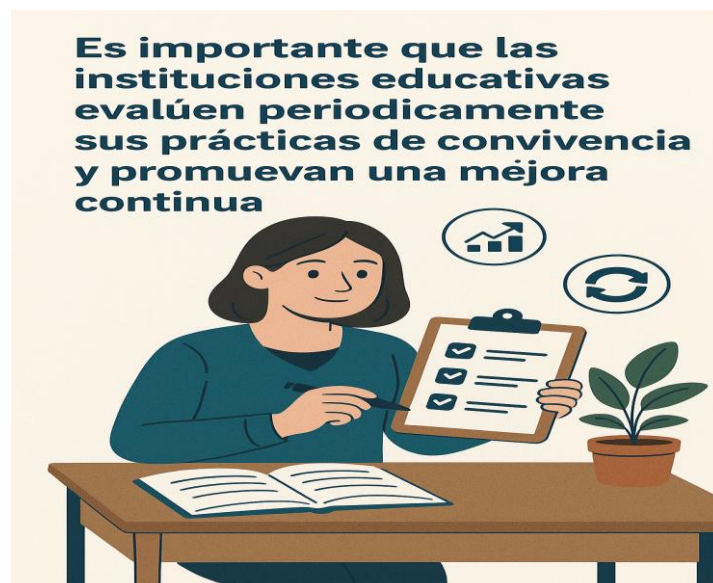
- **Fortalece la motivación**
 - **Refuerza la autoestima**
 - **Genera mayor compromiso**
 - **Promueve el esfuerzo constante**

- **Fomenta el sentido de pertenencia**
 - **Valoración individual y grupal**
 - **Reconocimiento entre pares**
 - **Mejora del clima escolar**

- Estimula la participación activa
 - Impulsa la iniciativa personal
 - Establece metas alcanzables
 - Favorece la superación personal
- Construye una cultura de valoración positiva
 - Celebraciones simbólicas (murales, diplomas, palabras de aliento)
 - Espacios visibles para destacar avances (murales, cartelones, vitrinas)
 - Evaluación formativa centrada en los progresos y no solo en los resultados
- Involucra a la comunidad educativa
 - Participación de familias y docentes en los reconocimientos
 - Creación de redes de apoyo emocional y académico
 - Fortalecimiento del vínculo escuela-estudiante



La convivencia se considera parte de la misión educativa



Bibliografía:

Ávalos Díaz, A., & Berger Silva, C. (2021). Normas de convivencia escolar: Descripción y análisis de un proceso participativo. *Estudios pedagógicos (Valdivia)*, 47(1), 409-429 <https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=SO718-07052021000100409>

Azqueta, A., Radigales, E. A., & Arribas, M. A. M. (2023). Análisis del discurso de las estrategias para la mejora de la convivencia escolar de las Comunidades Autónomas españolas. *Aula abierta*, 52(3), 289-296 <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9114671>

Bueno Villaverde, A., Monge López, C., & Torrego-Seijo, J. C. (2023). Estado de la convivencia escolar en centros prácticas exitosas en participación familiar: percepciones de alumnos y profesores <https://repositorio.ucjc.edu/handle/20.500.12020/1585>

Caicedo Vega, J. L., Sornoza Vera, K. M., & Zumbado Fernández, H. M. (2024). Habilidades sociales y convivencia escolar en niños de educación inicial. *Conrado*, 20(96), 206-215 http://scielo.sld.cu/scielo.php?pid=S1990-86442024000100206&script=sci_arttext&lng=en

Díaz Prieto, Y., & Martínez Trujillo, N. E. (2022). Educación en valores para la convivencia escolar. *Horizontes Revista de Investigación en Ciencias de la Educación*, 6(26), 2279-2295 http://www.scielo.org.bo/scielo.php?pid=S2616-79642022000502279&script=sci_arttext

Escobar, V. J. N. (2023). El maestro como mediador en valores para mejorar la convivencia escolar en la básica primaria. *Revista Varela*, 23(66), 184-191 <http://revistavarela.uclv.edu.cu/index.php/rv/article/view/1633>

Fierro-Evans, C., & Carbajal-Padilla, P. (2021). Modelo de convivencia escolar. Un marco para políticas públicas, formación e investigación. *Sinéctica*, (57) https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1665-109X2021000200301&script=sci_arttext

Flores Partida, C. A., Vera Noriega, J. Á., & Tánori Quintana, J. (2023). Clima escolar y acción docente para intervenir en eventos de violencia escolar, resultados del Programa Nacional de Convivencia Escolar en el Noroeste de México. *Revista de estudios y experiencias en educación*, 22(48), 12-29 https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=SO718-51622023000100012&script=sci_arttext

Flores, J. M. V., Morales, M. B. B., Sarmiento, L. K. C., & Espino, C. E. M. (2022). Inteligencia social y convivencia escolar en una institución pública del Perú <https://repositorio.redrele.org/handle/24251239/267>

Gómez, M. D. C. G., & Agramonte, R. D. L. C. (2022). La convivencia escolar: un tema recurrente en el contexto de las prácticas educativas actuales. *Revista espacios*, 43(6), 1-17 <http://www.w.revistaespacios.com/a22v43n06/a22v43n06p01.pdf>

Gutiérrez, M. C., & Granda, R. V. (2024). Habilidades emocionales y convivencia escolar: Un análisis en estudiantes de tercero a quinto de primaria. *Ciencia Latina: Revista Multidisciplinar*, 8(2), 1444-1467
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9481329>

Isaza, L. M., & Herrera, A. J. N. (2022). La inteligencia emocional, una oportunidad para la gestión de la convivencia escolar. *Praxis*, 18(1), 15-32
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8897809>

Lecca, I. M. B., & Marin, H. M. T. (2022). Convivencia escolar: una revisión bibliográfica. *Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar*, 6(1), 1291-1304
<https://ciencialatina.org/index.php/cienciala/article/view/1579>

Litichever, L., & Fridman, D. L. (2021). Convivencia escolar antes y durante la pandemia. Análisis de la experiencia escolar y las prácticas de participación desde las voces del estudiantado. *Sinéctica*, (57)
https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1665-109X2021000200202&script=sci_arttext

Miranda Medina, C. F., Rodríguez Burgos, K. E., & Morcote González, O. S. (2022). Política pública de convivencia escolar colombiana desde la perspectiva de los docentes. *Justicia*, 27(41), 13-30 http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S0124-74412022000100013&script=sci_arttext

Mori, C. T., Ugarte, L. O. O., Zuñiga, V. D. J. G., & Esteban, R. F. C. (2024). Programas de intervención para mejorar la convivencia escolar: una revisión sistemática. *Revista de Psicología Clínica con Niños y Adolescentes*, 11(1), 2
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9304934>

Ochoa Cervantes, A. D. L. C., Garbus, P., & Morales Osornio, A. (2021). Conductas conflictivas y convivencia escolar: análisis desde el modelo ecológico. *Sinéctica*, (57)
https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1665-109X2021000200203&script=sci_arttext

Pacheco, R. J. P., Santillán, S. Y. C., Jara, M. A. M., Pulupa, A. P. C., & Salazar, E. L. S. (2023). El papel del currículo en la convivencia escolar: una revisión sistemática de enfoques y hallazgos. *GADE: Revista Científica*, 3(5), 15-26
<https://revista.redgade.com/index.php/Gade/article/view/271>

Rodríguez-Figueroa, H. M. (2021). Convivencia escolar: revisión del concepto a partir de dos estudios de caso. *Sinéctica*, (57)

https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1665-109X2021000200207&script=sci_arttext

Román, N. S., & Risoto, M. A. (2022). Convivencia escolar y competencias socioemocionales en alumnado de educación infantil. *Electronic Journal of Research in Education Psychology*, 20(58), 591-612
<https://ojs.ual.es/ojs/index.php/EJREP/article/view/5929>

Seijo, J. C. T., Vicente, M. Á. G., García, P. A. C., & López, C. M. (2022). Cuestionario de convivencia escolar desde un modelo integrado para profesores. *Aula abierta*, 51(1), 93-104 <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8378195>

Zych, I. (2022). Convivencia escolar desde el marco de la psicología evolutiva y de la educación. *CES Psicología*, 15(3), 202-224
http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S2011-30802022000300202&script=sci_arttext